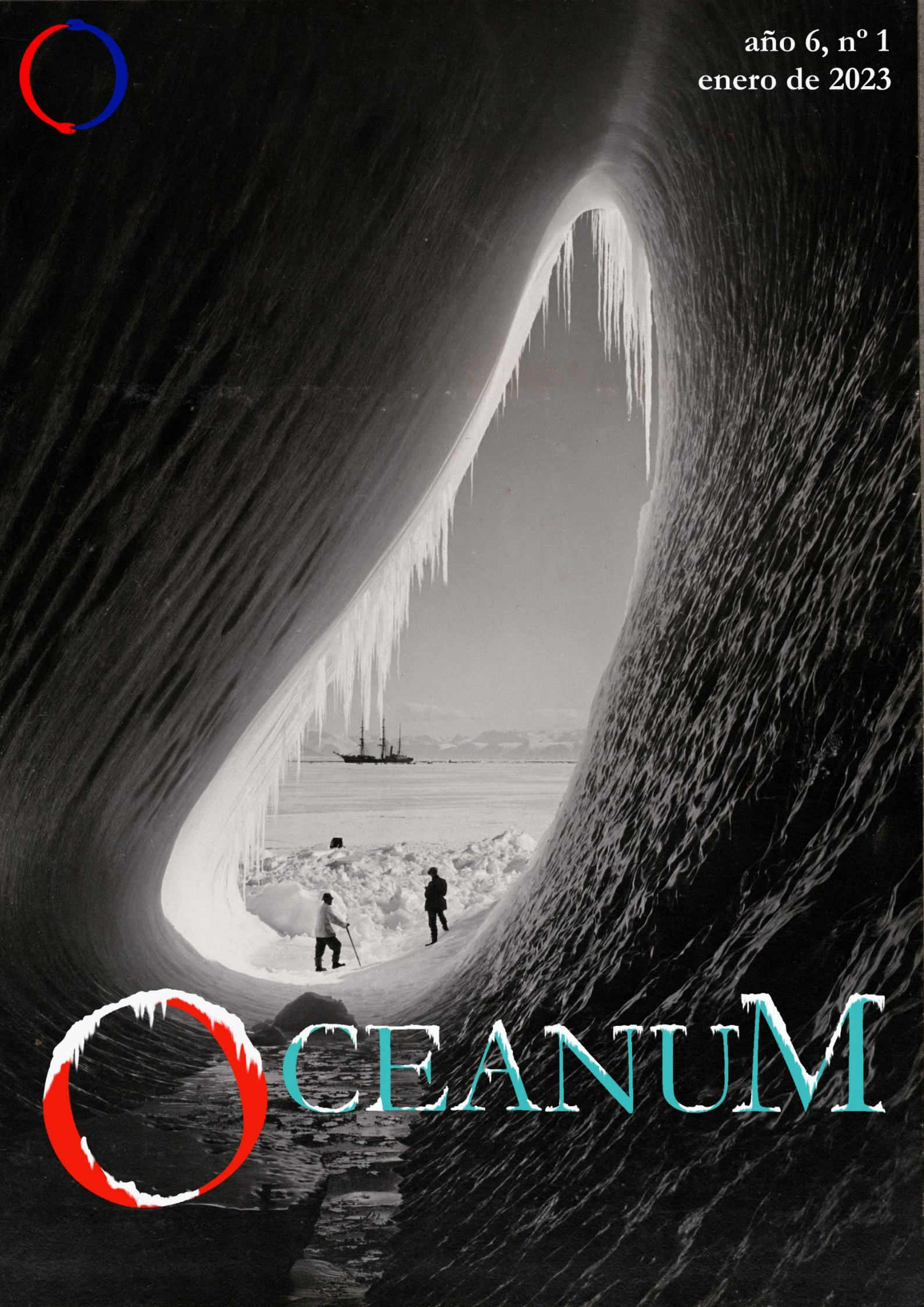
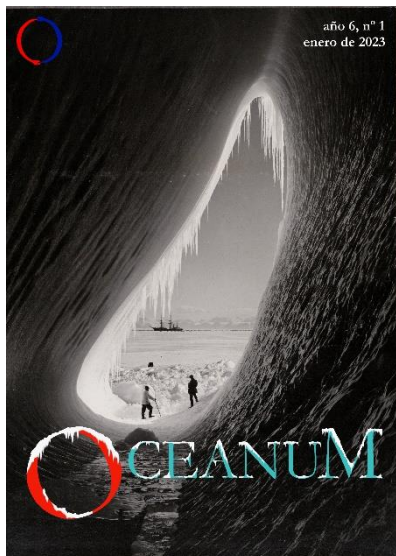


año 6, n° 1
enero de 2023



OCEANUM



OCEANUM
Revista literaria independiente
Año 6, n° 1
Diciembre de 2022

Editada en Gijón (Asturias) por
Miguel A. Pérez García
revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez
Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango
Javier Dámaso
Miguel Quintana Viejo

Corrección de textos:

Andrea Melamud
correcciondetextos@andreamelamud.com

Página web:

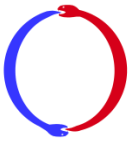
www.revistaoceanum.com
Sara@revistaoceanum.com

ISSN 2605-4094

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com

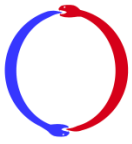


En uno de los primeros números de *Oceanum*, el conocido actor de teatro Emilio Gutiérrez Caba dejaba clara la diferencia entre el teatro y el cine, incluida en este último la filmación de puestas en escena teatrales. Hablaba de la inmovilidad del cine frente a la exclusividad de cada representación teatral como hecho único e irrepetible. En el presente número, nuestra compañera Ángela Martín del Burgo, sin recurrir a la comparación con las artes escénicas, valora la importancia de conservar inalterable la belleza de las imágenes de cine y la concreta en la persona de la actriz Ava Gardner. Ambos coinciden en su diagnóstico, aunque cada cual resalta la ventaja de un medio respecto del otro.

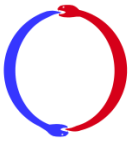
En los primeros días del año que acaba de empezar, el grupo argentino Les Luthiers anunciaba a través de sus redes sociales la conclusión de sus actuaciones en directo. Los dos supervivientes de la formación inicial, Carlos López Puccio y Jorge Maronna, justificaban su adiós a los escenarios por razón de edad. No les falta razón ni edad; con más de setenta primaveras a sus espaldas y superado el medio siglo de trayectoria artística, cualquier persona debería tener derecho a un merecido descanso en forma de jubilación, aunque sus seguidores lo lamenten. “... A medida que nos acercamos a los 80, nuestros músculos y articulaciones nos anticipan que pronto comenzarán a presentarnos impedimentos”, nos decía Carlos López Puccio en ese comunicado. Queda una última gira con el espectáculo *Más tropiezos de Mastropiero* que visitará la mayoría de los países hispanohablantes y, tras ella, el cierre definitivo. La exclusividad de cada una de sus representaciones quedará en la memoria de quienes asistimos a ellas como el hecho único e irrepetible del que hablaba Gutiérrez Caba y, como los asistentes, se perderá también con el avance de las agujas del reloj. Las grabaciones de sus actuaciones, sin embargo, permanecerán inalterables durante mucho tiempo, como resalta Ángela, para quienes no hayan podido disfrutar del directo.

De esta forma, las imágenes grabadas, como la palabra escrita, más allá del éxtasis de cada presente, constituyen los cimientos de nuestra cultura para evitar que cada uno de esos momentos irrepetibles terminen por ser solo **polvo en el viento**.

Miguel A. Pérez



6	La galera		
	Ediciones Lastarria & De Mora acierta	Pravia Arango	6
	Entrevista a Gonzalo Calcedo	Ginés J. Vera	9
	Entrevista a Román Piña Valls	Pablo Gonz	13
18	Dentro de una botella		
	Edward Lucie-Smith: Meditación de la Sibila	Pedro Sánchez Sanz	18
	Satori Ediciones nos acerca al clásico japonés <i>El libro de la almohada</i>	Pravia Arango	23
27	Estelas en la mar		
	Con la poetisa Nivaria Tejera	Encarnación Sánchez	27
30	Boga de ariete		
	Lope de Vega: la consecuencia de la injusticia	Diego García Paz	30
34	¡Avante toda!		
	El vendedor de enciclopedias	Miguel A. Pérez	34
41	La estrella polar		
	Mi Ava Gardner (en el centenario de su nacimiento)	Ángela Martín del Burgo	41
46	L'imperceptible écume		
	Samuel Martin-Boche	Miguel Ángel Real	46
51	Outros mares		
	Palabras	Augusto Guedes	51
53	¡Motín a bordo!		
	A favor y en contra...	Encarnación Sánchez	53
56	Espuma de mar		
	Premios y concursos literarios		57
	Con un toque literario	Goyo	61
	COSER y hablar		63
	Novedades de la RAE		65
	Obituario		66



68 Gran Sol

Memorias de un pavo (cuento)

Gustavo Adolfo Bécquer

68

76 Nuevos horizontes

La sesión de todos los martes a las dos de la tarde

Oswaldo Beker

77

Tu juguete favorito

Ginés J. Vera

84

Diez poemas inspirados en el haiku

Mónica Manrique de Lara

89

Amor de verano

Goyo

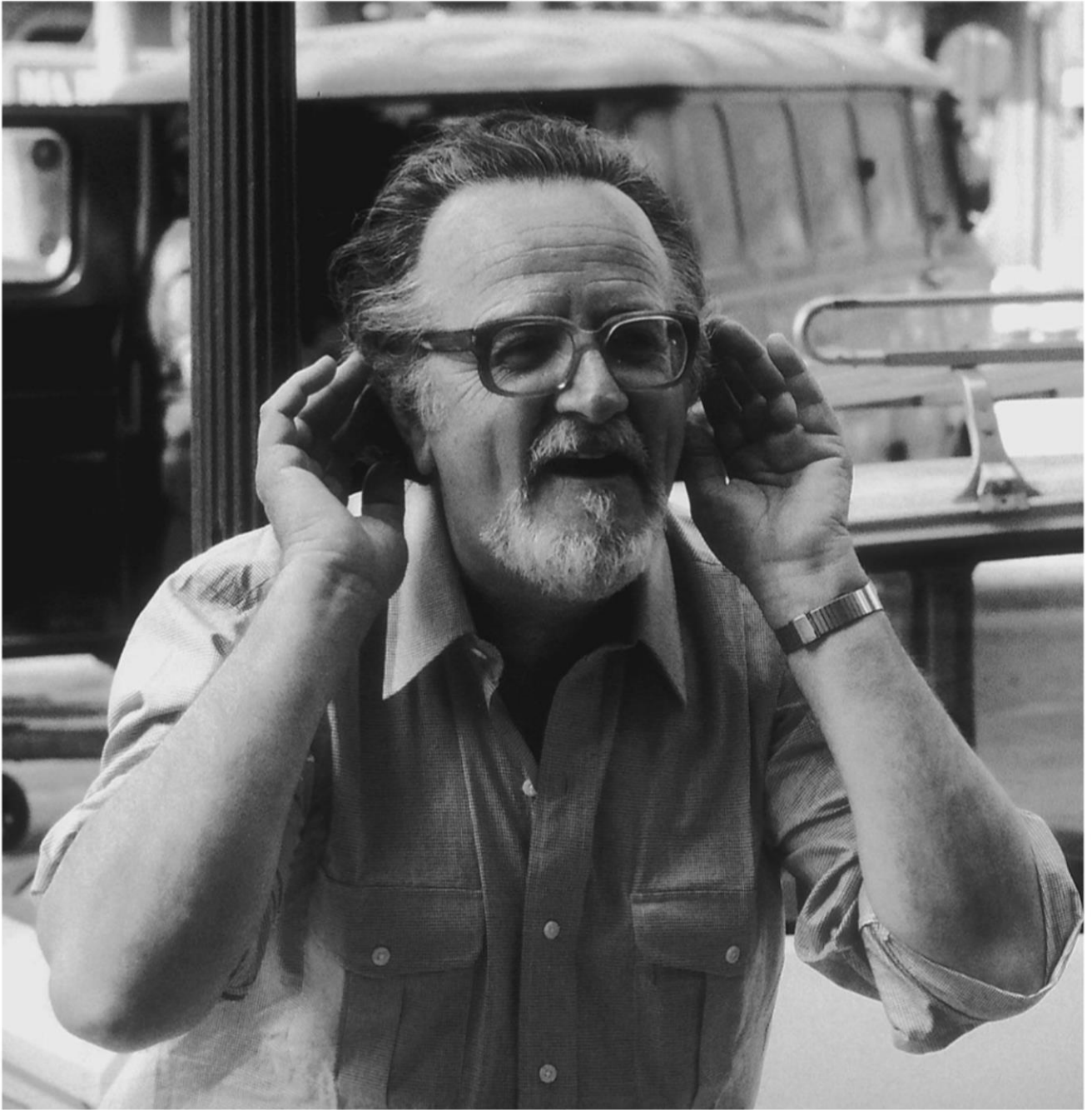
92

El testamento de Sócrates

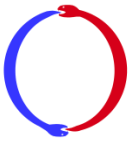
Miguel Quintana

95

99 Créditos de fotografía e ilustración



Ediciones Lastarria & De Mora
acierta

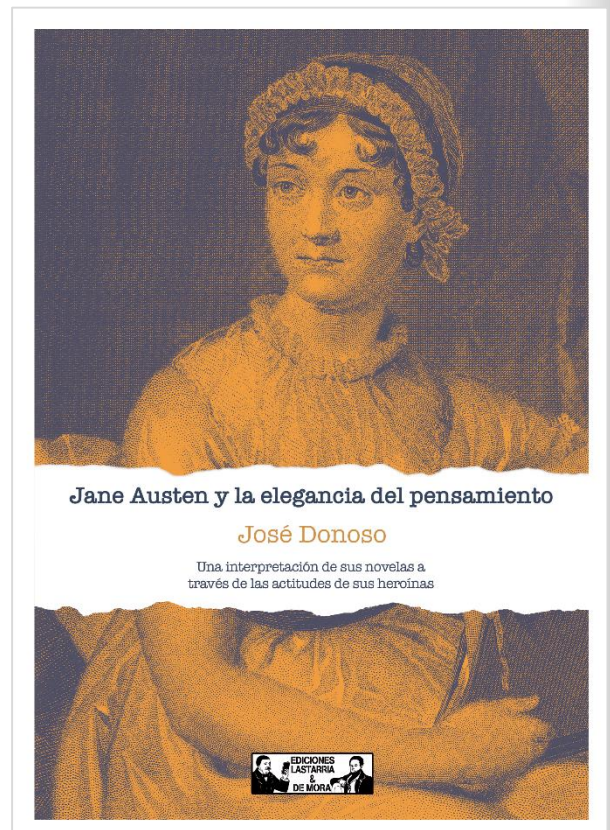


Pravia Arango

Pasemos a comentar el estudio de Donoso. Qué es un pensamiento elegante, se preguntará usted. Según Donoso, el pensamiento elegante de Jane Austen consiste en dotar a sus heroínas de la capacidad de armonizar razón y sentimiento. El estudio, dividido en cuatro partes, analiza a las heroínas de Austen que van desde la postura romántica pura de Fanny Price (*Mansfield Park*), pasando por Marianne (*Sensatez y sentimiento*) con una actitud romántica exclusivamente en el plano literario. Toda la ironía de Austen se proyecta sobre estos personajes que están muy alejados del “traintrain” y del sano juicio. Más posibilidades que muestra Austen. Catherine Morland (*La abadía de Northanger*) presenta un romanticismo literario convertido en mero barniz que la transforma en figura más patética que ridícula. Como antídoto, ofrece el personaje de Elinor (*Sentido y sensibilidad*), una heroína capaz de entender el vínculo entre la distinción de clases y el desarrollo de su mundo interior y dispuesta a combinar la delicadeza de espíritu con una ética pragmática.

En 2022, Ediciones Lastarria & De Mora publica *Jane Austen y la elegancia de pensamiento*, de José Donoso. Conviene comentar

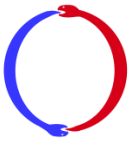
la peripecia del texto hasta ser editado. El escritor José Donoso hace una lectura crítica de la obra de Jane Austen como trabajo de graduación del Bachelor of Arts en la Universidad de Princeton donde había conseguido una beca de estudios en 1950. Años más tarde, mientras Cecilia García-Huidobro Mc. trabaja en el archivo de Donoso transcribiendo sus diarios en la Firestone Library de Princeton, cae en la cuenta de que en alguna estantería, de la sala en el ángulo oscuro, cubierto de polvo y de su dueño seguro olvidado, debería estar el trabajo de graduación de Donoso. Y sí estaba. Y el trabajo era *Jane Austen y la elegancia de pensamiento*. Ahora, Ediciones Lastarria & De Mora lo publica con prólogo de Cecilia y traducción de Rodrigo Rojas.



Jane Austen y la elegancia del pensamiento

José Donoso

Una interpretación de sus novelas a través de las actitudes de sus heroínas



Si la actitud de sensibilidad merece la visión irónica de Jane Austen, tampoco le valen las mujeres donde la razón las lleva a adoptar una postura de superioridad vía el humor, es el caso de la Elisabeth (*Orgullo y prejuicio*) o la superioridad, así en bruto, esto es en gusto, elegancia y rango social; la Emma de la novela homónima.

El modelo de pensamiento elegante lo recoge Anne Elliot (*Persuasión*), o sea, un personaje a quien las costumbres sociales y la conducta razonable no impiden declarar el amor a un hombre. En palabras de Edmund Burke: “Cuando cualquier cuerpo está compuesto de partes alisadas, sin presionarse entre sí, sin mostrar resistencia ni confusión, y al mismo tiempo afectando una forma regular, lo llamo elegante”. Y esto coincide con la visión de vida de Jane Austen que traslada a su literatura. Para ella el secreto radica en armonizar la razón y el sentimiento, y todo regado con buena solvencia material.

Bueno, pero ¿cómo encajar esta visión de la Austen en el contexto literario de su época? Echemos mano de la arqueología literaria. El XVIII se conoce como la Ilustración, las Luces o el siglo de la Razón. A grandes rasgos es así, pero también en la época se dio respiro al sentimiento, por ejemplo, con la novela sentimental *Pamela*, de Richardson, con las novelas de Prévost o con el influjo de *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo bello*, de Edmund Burke. Tenemos el modelo de heroína en la novela sentimental con la Pamela de Richardson; una joven sensible, frágil, bondadosa y de alma refinada. El modelo masculino nos lo ofrece Mackenzie en *Hombre de sentimientos*, un hombre severo, vigoroso y compasivo. A lo anterior, la obra de Burke, arriba citada, pone el tema: el dolor es tan positivo como el placer. Las novelas de Prévost cargan la atmósfera con una nota trágica y pasional de mujeres melancólicas. Richardson

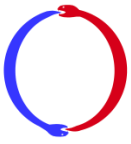
más Prévost más Burke suponen los ingredientes de la receta de la novela sentimental que cosecha un éxito comparable a las novelas de caballerías medievales. Tras el triunfo, viene el hartazgo y la parodia. Pues bien, justo ahí, en la crítica al sentimentalismo de las novelas románticas, está la clave (según el estudio de José Donoso) para leer a Jane Austen.

Desde *Oceanum* aplaudimos la iniciativa de editoriales como Lastarria & De Mora que arriesgan y se embarcan en la edición de textos “nuevos” e interesantes. ¡Enhorabuena y a seguir!





Entrevista a Gonzalo Calcedo



Ginés J. Vera

En este mes de enero, se asoma a nuestra revista el escritor Gonzalo Calcedo. Nacido en Palencia en 1961, Calcedo reside actualmente en Santander. Publicó su primer libro de cuentos, *Esperando al enemigo* en 1996, le siguieron, entre otros: *Otras geografías* y *La madurez de las nubes*, *Apuntes del natural*, *La carga de la brigada ligera*, *El peso en gramos de los colibríes*, *El prisionero de la Avenida Lexington* o, más recientemente, *Necios y ridículos*. Ha obtenido, entre otros galardones, premios como el NH Vargas Llosa al mejor libro inédito, el Premio Alfonso Grosso al mejor libro de relatos, el Premio Tiflos de cuentos, el Premio Caja España, el Premio de Narrativa Ciutat de Vila-real. Así mismo, en 2020, fue galardonado con el Premio Castilla y León de las Letras por toda su trayectoria literaria. Para este número de nuestra revista *Oceanum*, me concedió una entrevista por su

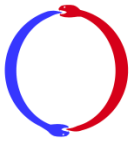
novela *Una historia de agua*, la cual resultó finalista del Premio de Narrativa Carmen Martín Gaité 2022.

¿De dónde parte la idea de escribir *Una historia de agua*?

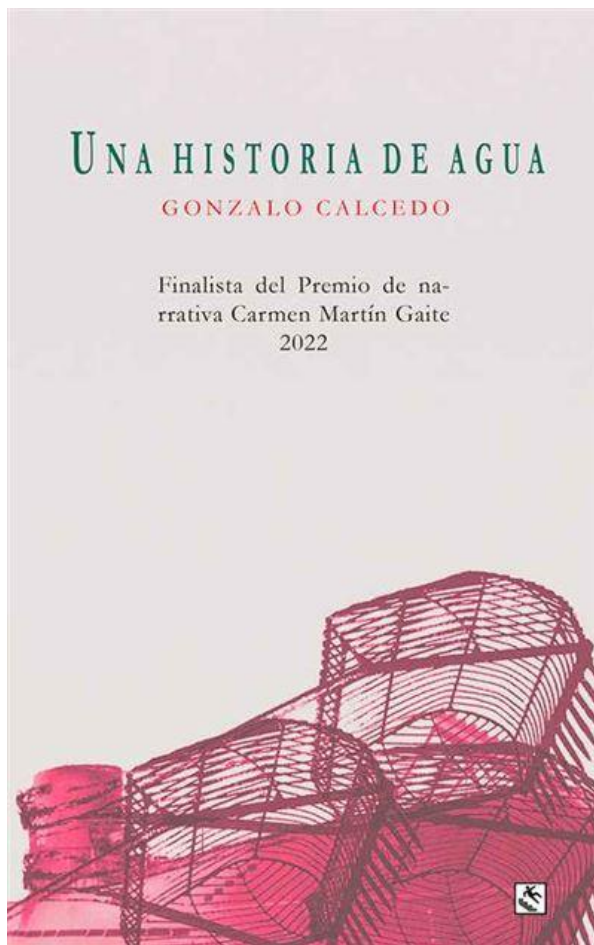
Mis contadas novelas surgen como contrapunto a los libros de relatos. Casi diría que en su contra. Para mí, el cuento es el fundamento de todo: me permite expresarme, me construye como autor y persona. Hay momentos en los que, sin embargo, el relato se desdibuja en mi conciencia de escritor (un agotamiento que tiene que ver con su falsa buena salud y, sobre todo, su recepción pública). Uno se cansa de ser minoritario y, a sabiendas de que hay poco fondo, se zambulle en las aguas de la novela. Me considero, pues, un novelista accidental. *Una historia de agua* tiene más que ver con el deseo de narrar una aventura, de flirtear con el cine y sus códigos, que con la visión soterrada y analítica del mundo que me procuran los cuentos. Soy consciente de esta contradicción. A ojos de cualquier lector, lo menor sería el cuento y lo mayor la novela. En mi caso es al revés. El relato, en su parte escondida, es reflexivo; la novela también induce a la reflexión, obviamente, pero su carcasa está más cercana al entretenimiento.

El lapso histórico en el que se desarrolla *Una historia de agua* es el final de la Segunda Guerra Mundial. Francia tuvo un papel digamos controvertido en esa contienda. Siendo la mayor potencia bajo control de los alemanes durante la guerra, también hubo un gran sector apoyando al Tercer Reich. Creo que esa dualidad se refleja también en su novela, en los personajes. Háblenos de ello.

Aunque es una novela de género y me sirvo de estereotipos y convenciones, quería evitar la catalogación de buenos y malos. Mi interés era resaltar la ambigüedad de todos los personajes,



dejando al margen a los más jóvenes. Francia, como comentas, se dividió en dos mitades, una fractura que aún puede hoy entreverse en sectores de su sociedad. En la narración, los villanos, digamos “oficiales”, se han retirado, dejando en su lugar las consecuencias del servilismo, la vulgar traición o la simple avaricia. No hay grados para la maldad, que suele resultar fascinante: no hay héroe sin un villano eficiente y encantador. La guerra destruye valores. Oprime y castiga. Lamina la vida tal como la conocemos. He intentado que esa maldad, al final, tenga más que ver con la seducción del poder que con la ideología, eliminando una lectura abiertamente política. Hoy en día todo es política, una política que pervierte eso que damos en llamar normas de convivencia. Nuestra decadencia proviene de ahí.



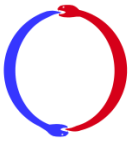
La dureza de la narración no se cimienta solo en el contexto de la guerra de fondo. Creo que hay una violencia soterrada de un buen puñado

de personajes por diversas razones. El rencor y las frustraciones parecen alimentar el fuego como esos muebles que se desgajan por necesidad en Ville Rosaline. ¿Es así?

Ahí la novela entronca con el espíritu de mis cuentos. Yo creo que la frustración es inherente al ser humano: lo forma, lo moldea, es una disciplina más. Esa moderna idea de felicidad que domina hoy nuestras relaciones, sobre todo a través de las redes sociales, es un trampantojo. Más que la felicidad en sí, importa exhibirla, demostrarla. La felicidad es un barniz; lo que verdaderamente importa es el estado de la madera que hay debajo. En la novela, para algunos personajes esa desesperanza tiene que ver con hechos recientes y escabrosos —el paso de los alemanes, la tergiversadora ocupación y su veneno—, pero en otros es algo interior, más relacionado con el deseo de abandonar un villorrio diminuto y sus ataduras. Las cadenas invisibles que te inmovilizan. Es el caso de Lisette y su hermana, ambas dueñas de sus sueños, de los ritos de paso que conllevan crecer y evadirse; en contrapartida, el sueño de su madre es la música, ese piano un tanto metafórico que malvive en la casa sosteniendo un pasado feliz.

“A su manera —leemos—, los lugares contaban de forma soterrada el infortunio, la delación más indecorosa o la muerte a bocajarro”. A partir de esta frase le pediría que nos hablase de los temas profundos de *Una historia de agua*; quizá de la muerte, de la justicia, de la impunidad, incluso cuando la guerra ha terminado.

La guerra es un detonante. Un fuego de artificio desolador que nada soluciona. Causa heridas nuevas y acrecienta males anteriores. Resulta tan irrevocable como maldita. En mis libros, en general, la reflexión tiene que ver con los hechos, con las actuaciones de los personajes: no me gusta teorizar y procuro huir, a ve-



ces sin éxito, de lo ampuloso y lo aparentemente trascendental. Es el lector el que tiene que extraer sus propias conclusiones. Incluso escrita en tercera persona, en *Una historia de agua* intento que el autor desaparezca. Indudablemente, mis temas habituales están ahí. No los oculto. Ignorando el contexto histórico, no hay tanta diferencia entre la decepción de los dos personajes centrales de *La pesca con mosca* o los protagonistas de tantos cuentos, y los habitantes de este lugar ficticio al que la guerra ha reducido a lo más elemental. En la guerra, la justicia puede ser un lujo, la impunidad una forma de vida. La moral enflaquece, se debilita, se convierte en impostura. El poder sobre los demás deviene un ejercicio despótico. Más allá de las cruces gamadas y los uniformes de postín, la idolatría, la reverencia al poderoso continúa. Incluso sobre los escombros hay realza, clases sociales. Lo frustrante es comprobar cómo, tantas décadas después, el aristocrático embrujo del mal continúa. Una trágica herencia que no hay modo de sacudirse de encima.

Una historia de agua ha quedado finalista del Premio de narrativa Carmen Martín Gaité 2022. Permita que le pregunte por los premios literarios y su papel en la visibilización de los libros en las estanterías de las librerías y en los medios de comunicación, no sé si en ese orden.

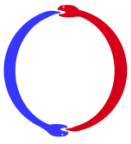
Es un asunto complejo, entre sórdido y dañino. Como cuentista, obviamente empecé con concursos. *Ley de vida*. *Esperando al enemigo*, mi primer libro, fue publicado así. Quedó finalista en una convocatoria y la editorial apostó por publicarlo, algo semejante a lo ocurrido con la novela que comentamos ahora. Yo no puedo renegar de los concursos. He participado en muchos, probablemente demasiados, y ganado unos cuantos. Muchos de mis libros de cuentos han surgido de esas relaciones peligrosas con el extrarradio de la literatura. Digo esto porque en algunas editoriales, digamos serias (no lo son tanto cuando organizan su propia caza del

autor), está mal visto ser un autor de concursos. Desde su punto de vista te degrada. Pero en nuestro sistema editorial, el cuento siempre tiene un pero. *La pesca con mosca* es el resultado de ese “pero” en lo que concierne a Tusquets.

Mi vagabundeo editorial posterior tiene que ver con la realidad del relato en la infraestructura del negocio. Se vende poco y eso te condiciona. Respecto a mis novelas, sucede algo parecido. Salvo la primera, todas han sido consecuencia de un concurso. Hablamos de “nouvelles”, textos bastardos, apéndices de esa gran novela —por extensión y dinámica publicitaria— que domina el mercado. Es un contexto que merece la pena analizar, pero nos llevaría demasiado tiempo. Tampoco quiero parecer un resentido. La desaparición de los límites entre el *bestseller* y eso que antes se llamaba literatura seria, o literatura a secas, ha dado lugar a una exageración del sistema anterior, cincuenta por ciento supuesta calidad, cincuenta por ciento promoción. Una jungla mediática en la que perduran la renovada política de autores y, cómo no, las deseadas influencias. Salvedades aparte, nada nuevo bajo el sol. Los libros ya aparecen recomendados hasta en los telediarios. Los volúmenes huérfanos de promoción, los naufragos de esta marejada, sobreviven en estantes inalcanzables, alejados de las mesas y expositores donde se recompensan otras habilidades. Hay un corazón de las tinieblas en el que adentrarse para llegar a ciertos títulos. No llegar a ser ese horror universal de Conrad, pero se le parece.



Entrevista a Román Piña Valls



Pablo Gonz



Acabo de leer tu última novela, *Una heroína intergaláctica*, y me he quedado un poco ojiplático. ¿En qué medida los recuerdos del protagonista coinciden con los tuyos? Danos un porcentaje.

No debería usted querer saberlo. No debería interesarle la respuesta. No debería saber yo mismo la respuesta, y si la sé es porque nunca hago lo debido. Los recuerdos del protagonista coinciden en absoluta medida con los míos mientras escribo la novela, o mientras la leo. Después mis recuerdos mueren, ya no son míos, los he perdido, los he vendido, los he traicionado, de modo que no coinciden en medida alguna.

Es bien visible, Sr. Schopenhauer, que usted logra la identificación total transitoria (ITT) con Jorge Fuster, el protagonista de la novela.

Ahora bien, ¿por qué la he logrado también yo?

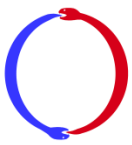
Debe de ser porque usted tiene a buen recaudo al chaval que fue a los catorce años, una edad, un estado muy especial, muy acotado, breve, extraño. O porque Jorge da un poco de pena en su rebeldía impotente o en su romanticismo inocente. O porque al adolescente cretino que en realidad es, le he dado un barniz de bondad para que el lector no lo deteste. Pero una bondad, claro, que es frágil.

Al leer el libro, pensé que los *babyboomers* nos reconoceríamos fácilmente en él, pero ahora pienso que les puede pasar a todos los que ya fueron adolescentes. ¿Es Jorge un joven Werther mallorquín?

Jorge no es un Werther porque su edad es distinta, es más joven, y sus cuitas pertenecen a un mundo más juvenil, mientras que Werther está obsesionado con una mujer que ya está a punto de boda. Jorge es más un Holden Caulfield de los años setenta-ochenta. Cuando hace veintitrés años me dispuse a empezar la novela, me leí *El guardián entre el centeno* para enterarme del terreno en el que me metía, ya magistralmente transitado por Salinger. Pero Jorge es incluso más joven que Holden. Era un reto (otro) hacer una novela de aprendizaje, género tan visto, y aportar algo.

Me pones la pregunta en bandeja. ¿Qué aporta *Una heroína intergaláctica* al género de la novela de aprendizaje o *Bildungsroman*?

Bueno, tampoco creo que haya hecho nada nuevo, seguro que ya se le ha ocurrido antes a alguien eso que yo creo original, y por otro lado si le respondo, estropearé sorpresas al lector. En realidad, en el caso improbable de que esta novela aporte algo, lo haría de forma totalmente involuntaria o más bien inconsciente. Cabe la ilusión de haber aportado algo por donde menos me lo espero. En realidad, no es



tan importante hacer algo nuevo como hacer bien algo viejo otra vez. Lo único original de la historia de Jorge es que es única, como la de todos y cada uno de nosotros. Pero le cuento un secreto: su escritura esconde un descenso al infierno real, un rito de regeneración. Algo absolutamente inconfesable.

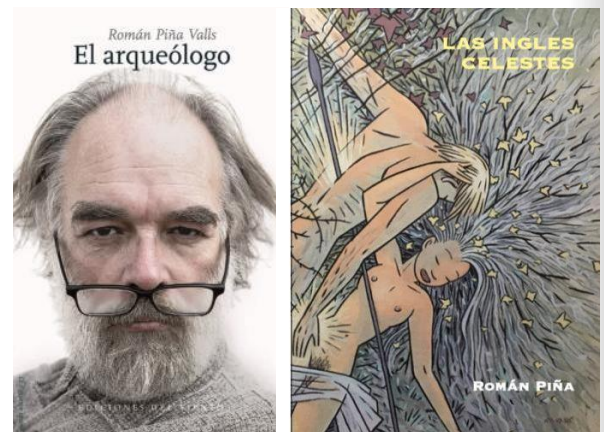


Entiendo por una respuesta anterior que el proceso de escribir este libro ha sido muy largo. ¿Cómo ha sido este proceso y qué te llevó a dar por terminada la novela?

No ha sido largo el tiempo de escritura, sino el tiempo entre su primera versión y la definitiva: veinte años. Hubo un intento de ocuparme literariamente de la infancia y adolescencia que fue escrito muy rápido en 1999. No pude hacerlo mejor, y siempre pensé que debía volver a intentarlo, sin embargo, nunca vi cómo y sobre todo me ocuparon otras obras. En 2019 sí vi cómo: tenía que darle a la historia del enamoramiento desafortunado mucha más importancia. Pensé que iba a ampliar sin más la primera versión, pero la rescribí casi por completo, cambió el argumento.

Por favor, hablemos un poco de esas otras obras para que podamos poner en contexto la última de tus novelas. ¿Cuántas son y cómo son?

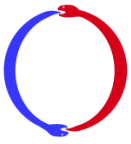
Mis inicios como novelista me arrojaron a la novela de humor, y a un cóctel bestia entre lo sentimental y lo brutal. Aquí entran con más o menos fuerza *Gólgota*, *Stradivarius Rex*, *Sacrificio*. Otra vena más tardía en su aparición, pero que en realidad era latente desde mi primera publicación, *Las ingles celestes* (1997), es la realista, más moderada en temas, más empeñada en buscar el oro de lo cotidiano y centrarse en un personaje central y su mundo. Es el caso de *El arqueólogo* (2018) y la última, *Una heroína intergaláctica* (2022).



Esa referencia tuya al humor y a lo sentimental, así como la omnipresencia de la música en tu obra, me traen a la memoria a Woody Allen. ¿Le vas a enviar tu heroína para que la lleve al cine? Funcionaría.

No lo haré. Hay un homenaje explícito a *Manhattan* de Woody Allen en la novela, de modo que no sería gratuito hacerlo, pero no tendría sentido si no está en inglés.

Para completar el retrato de tu última novela, nos faltaría hablar, por ejemplo, de su forma. ¿Qué puedes contarnos sobre ese aspecto?



Al planteamiento narrativo, sencillo, un narrador joven en primera persona que nos cuenta su vida desde un correccional y al que le van a pasar algunas cosas, llegué dando una vuelta demasiado grande. Me equivoqué en la primera apuesta, en la que decidí alternar la primera y la tercera persona, pues la historia me exigía hablar desde la omnisciencia: había una trama relacionada con una amnesia y no había más remedio. Pero la historia cambió. Desapareció esa trama y la nueva ya me permitió unificar la voz. Formalmente, me interesaba un estilo muy ágil y reflejar lo mejor posible la mirada de un adolescente que no entiende el mundo. Contar muchas cosas y no renunciar a que el chico subiese el nivel de sus reflexiones. En cuanto a la construcción, he intentado medir las dosis de suspense relativas a la presencia de lo sobrenatural y a la historia de amor.

Entiendo que el proceso creativo, desde el punto de vista formal, te ha empujado hacia soluciones más clásicas. ¿Crees que son malos tiempos para las vanguardias?

Siempre es buen tiempo para una vanguardia. Cuanto peor sea el tiempo para una vanguardia, mejor. Me encantan las vanguardias, siempre que las impulsen tipos conscientes de que no están inventando nada, sino plagiando amorosamente una genialidad del pasado. Yo (pero acompañado) me inventé un movimiento en los 90: el pipismo. Su lema era pasárselo pipa con la literatura. Su escaparate, la revista *La bolsa de pipas*. Lo único vanguardista era el nombre. En esto consiste una vanguardia, en inventar un nombre. Mi novela, espero, sí, que sea clásica y pipista.

Estaríamos ante la ficción total: una novela clásica de vanguardia. No me parece un mal reto para dedicarle a ello una vida entera de creación. ¿Ha sido ese uno de tus retos como escritor?

Dios me libre de dedicar mi vida entera a un reto, sea cual sea. Y menos a varios. Me conformo con haber dedicado cachitos de vida a una serie de proyectos que me ha ayudado a vivirla, a soportarla, a disfrutarla.

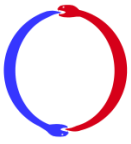
Por cierto, se te conoce, además, como director de la editorial Sloper. ¿Eres un escritor que edita? ¿Eres un editor que escribe? ¿O eres un editor-escritor que escribe-edita?

Soy un profesor de lenguas clásicas. Esto es, un miembro del colectivo docente maltratado, castigado a tener pocos alumnos. Eso me deja más tiempo libre que mato dirigiendo por *hobby* una editorial, componiendo canciones, haciendo helados y *limoncello* o subiendo montes. Escribiendo también, ahora en unas circunstancias envidiables. Durante lustros no ha sido así: tenía proyectos de novelas absorbentes que fue duro y largo culminar por falta de tiempo. *El general y la musa*, por ejemplo, me llevó 18 meses. Pero cuando cojo una vena clara, en unos dos meses suelo escribir una novela, siempre tirando a breve, claro. Así visto, creo que es correcto reconocer que soy un profesor que edita y escribe.



¿Qué pasa con la novela breve? ¿Por qué se la mira en menos? ¿Por qué los lectores prefieren mayoritariamente los volúmenes gruesos? ¿Alguna idea al respecto?

No creo que los lectores prefieran los libros gruesos. Los libros gruesos se van a casa de los lectores porque son unos abusones, han echado a patadas y codazos a los libros más finos, que han caído al foso, y los lectores no han podido escoger porque ni los han visto. Ciertos editores viven de cebar con pienso sintético estos



libros fofos y envolverlos con la piel más lustrada, como hizo Prometeo con la grasa del buey sacrificado para colarle a Zeus desperdicios.

Hoy en día, ¿es heroico ser un editor independiente? ¿Es heroico escribir libros finos? ¿De verdad vivimos en una dictadura económica de los grandes grupos?

Heroico no, no exageremos. Heroico es tener catorce años y levantarte a las seis para llegar a las ocho a clase de Matemáticas en 3º de ESO. Ser editor independiente es una maravilla, un privilegio, si se es verdaderamente independiente en el sentido de libre. Libre de publicar solo lo que te gusta incluso sabiendo que no se va a vender gran cosa. No sé dónde vivimos, pero se parece a un corredor de aeropuerto: rodeados de tiendas con expositores de tabaco, alcohol, perfumes, ropa y chocolatinas. Así son las ciudades en sus calles principales y creo que reproducen exactamente el panorama cultural dominante.

Creo que son muy pocos los capaces de seguir adelante sin caer en esas tentaciones. ¿Qué hay al final del pasillo? ¿Qué futuro visualizas para ti, como editor y, sobre todo, como escritor?

No hago planes. No tengo proyectos ahora mismo como escritor. Como editor, me veo jubilado de la docencia y dedicado al cien por ciento a la editorial. Entonces, me imagino en un despacho decimonónico, con mucha madera, frescos en el techo, una mesa enorme y sin pantalla de ordenador, y, lo mejor, me veo con traje de *tweed*, chaleco y reloj de bolsillo. Paseando con bastón por el centro de la ciudad, a paso lento pero firme; tomando infusiones con vistas a la fachada del ayuntamiento, en el hotel Cort, y fumando en pipa, corrigiendo galeradas de autores. En ese despacho imaginario, me veo recibiendo visitas de autores muy jóvenes y también muy viejos como yo. Beberemos whisky barato. Subiremos a la azotea a

beberlo. Allá habrá un congelador camuflado con cubitos de hielo. Funcionará con una linda placa solar.

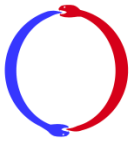
Muchas gracias por tu tiempo, Román.

A usted, su paciencia es ejemplar y sus guaches, inmarcesibles.





**Edward Lucie-Smith:
Meditación de la Sibila**



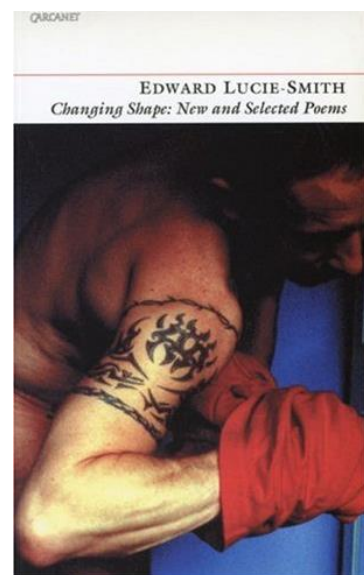
Texto y traducción de **Pedro Sánchez Sanz**

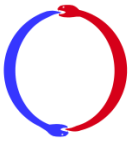
Edward Lucie-Smith (Jamaica, 1933). En el punto álgido de su carrera literaria decidió apartar a un segundo plano su producción poética para dedicarse a la faceta que se convertiría en su modo de vida, la crítica de arte. Hoy en día es un reputado historiador y crítico de arte mundialmente reconocido, además de escritor —miembro de la Academia Europea de Poesía—, fotógrafo y comisario de exposiciones.

Llegó a Inglaterra en 1946, en plena adolescencia marcada por la muerte del padre, y poco después inició su educación en Oxford. El poeta Philip Hobsbaum lo invitó a participar en las tertulias poéticas que dirigía, cuyos integrantes eran conocidos como “El Grupo”, encuentros que el propio Edward coordinaría a partir de finales de los 50, con el grupo ya instalado en Londres. Hobsbaum lo animó a publicar su primer libro de poemas, *A Tropical*

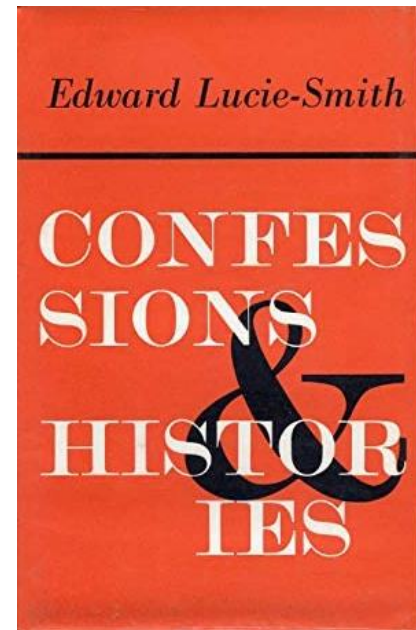
Childhood and other poems, que fue muy alabado por la crítica del momento. En 1961 recibió por esta obra el prestigioso premio John Rhys Memorial Prize, otorgado al mejor libro de poemas de autores nacidos en territorios de la Commonwealth.

Se inició entonces una trayectoria marcada por el éxito y la popularidad, no solo por su producción poética, sino también por otros muy variados trabajos: novelas, biografías, estudios sobre otros escritores, libros sobre arte o fotografía, además de por su labor como editor de revistas literarias y diversas antologías poéticas. Como poeta, Edward Lucie-Smith publicó cuatro volúmenes de poesía entre principios de los 60 y mediados de los 70: *A Tropical Childhood and other Poems* (1962), *Confessions and Histories* (1964), *Towards Silence* (1968) y *The Well-Wishers* (1974). Durante todo este tiempo alternó la creación literaria con otras ocupaciones, fundamentalmente la crítica de arte, en la que se centró a partir de ese momento dejando de lado, si no la escritura de poemas, sí al menos la publicación de estos. No es hasta el año 2002 que aparece un nuevo volumen poético de Edward Lucie-Smith, *Changing Shape*, que recoge una selección de los libros mencionados anteriormente, y añade una larga serie de poemas escritos entre 1974 y 2001.





El poema “Meditación de la Sibila” pertenece al libro *Confessions and Histories*, de 1964, donde el autor recurre a la fórmula del monólogo dramático, de larga tradición en la poesía inglesa, en muchos de los poemas que integran el libro. Este poema es un magnífico ejemplo de ello, en el que el poeta asume la personalidad de la Sibila (¿de Cumas?) y le da voz en primera persona para que exprese, en una suerte de soliloquio lírico, su desesperanza, con la cual el poeta se identifica, poniéndose su máscara en un juego de personificación donde se confunden las identidades de poeta y personaje.

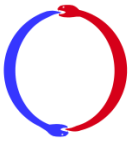


Meditation of the Sibyl

The shrine-light gutters. The footsteps go
Noisily away in the rock. My brittle
Limbs knock with cold in the great
Jar that cradles them, and the chain groans
On its hook in the roof, but these are
Familiar sounds. These, and the drip
Of water somewhere and words rising
Like a huge gale in the mind. The jar
Sways with the force of a battle which
Is still a thousand years off. My jaws
Clamp tight; I feel my tongue seeking
To utter. It probes my toothless gums.
Speech is the mischief. I am only
Myself by myself. The children come
With their lamps, for money guiding the
Curious, and for malice in their
Piping voices asking their single
Question: “Sibyl, what do you wish?”

Meditación de la Sibila

Alcantarillas con luz de santuario. Los pasos se alejan ruidosamente por la piedra. Mis frágiles miembros golpean con frío la gran vasija que los contiene, y el gancho de la cadena gime en el techo, pero estos son sonidos familiares. Estos, y el goteo del agua en alguna parte y palabras emergiendo como un gran vendaval en la cabeza. La vasija se balancea con la fuerza de una batalla a mil años de distancia. Mis mandíbulas se cierran apretadas; siento que mi lengua intenta decir. Fuerza mis encías desdentadas. Hablar es el ardid. Solo soy yo misma por mí misma. Los niños se aproximan con sus lámparas, guiando a los curiosos por dinero, y con malicia en sus chillonas voces lanzan su sencilla pregunta: ¿Sibila, qué deseas? Y mis mandíbulas se mueven,

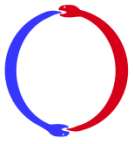


And the jaws move, the tongue moistens, and
“I wish to die”, I croak, “I wish to
Die”. They have forgotten the rites, the
Lustrations. They have even
Forgotten what I might still say, of
Worth greater than travellers’ coppers –
“What team will win in the Circus? When
Will the Emperor die, and by what
Violence this time?” – Both I could tell
Them, and other and larger truths and
The day and hour of their own passing,
But no one asks, and even the one
They bring, the traveller, looks, laughs, then
Stores up the tale to bore his friends with,
But never questions. I am
Another sight crossed off from his list.
Next, Virgil’s Tomb and the most famous
Brothel in Naples.

la lengua se humedece, y “Deseo morir”,
sale un graznido, “Deseo morir”. Ellos han
olvidado los ritos, la Lustratio¹. Incluso han
olvidado lo que yo podría decir, con mucho
más valor que las monedas de los viajeros.
“¿Qué equipo ganará en el circo? ¿Cuándo
morirá el Emperador y con qué violencia
esta vez?”. Podría responder a ambas
y a otras mayores verdades y hasta
el día y la hora de su propia muerte.
Pero nadie lo pregunta, e incluso ese
que traen, el viajero, mira, se ríe y luego
almacena la historia para aburrir a sus
amigos con ella. Pero nunca pregunta.
Yo soy otra visita tachada de la lista.
Las próximas, la tumba de Virgilio y el burdel
más famoso de Nápoles.

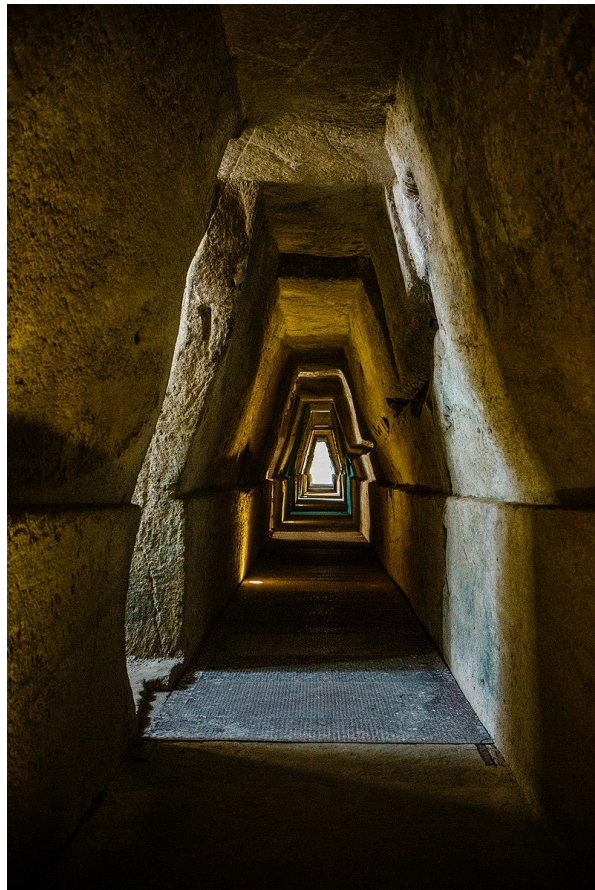


¹ La *Lustratio* era una ceremonia de purificación en la antigua Grecia y la antigua Roma.



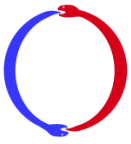
Yet, here in my
Cave, I think of the open, the salt
Flash of noon on the waves. Day surely
Would kill me if ever I crawled up,
Bruising elbows and knees on the stones
Of the tunnels, to bask a moment
In its cruel warmth. And yet any ship
I turned my blind gaze on would go like
A stone to the fishes. Is this my
Fear? Of too much power? Or is it
A fear of being found there, a white
Obscene maggot, helpless, a prey
For urchins and dogs, a voice shouting
Truths which are untrue in the sun? The
Sibyl may wish to die, but must be
Careful in choosing her death. If I
Die in the light they are rid of me –
But if I choose to die in the dark?
Then, all of a sudden, they will be
Mad for my answers. My carrion
Will poison whole lands and whole peoples.

Y yo, en mi cueva, imagino
el exterior, la luz salada del mediodía
sobre las olas. La luz diurna probablemente
me mataría si alguna vez me arrastrara
hacia fuera, dañando mis codos y rodillas
en las piedras de los túneles, para disfrutar
de un momento en su tibieza cruel. Aún así
cualquier barco sobre el que posara mis ojos
ciegos se iría a pique pasto para los peces.
¿Es este mi temor?, ¿el de tener tamaño poder?
¿O es el de ser encontrada ahí, una larva blanca
y obscena, inerte, presa para erizos y perros,
una voz que grita verdades que no son
verdad bajo el sol? La Sibila puede desear
morir, pero debe tener cuidado al escoger
su muerte. Si muero en la luz, se librarán
de mí, pero ¿y si elijo morir en la oscuridad?
Entonces, de repente, se volverán locos por
tener mis respuestas. Mi carroña será
veneno de vastas tierras y pueblos enteros.





Satori Ediciones
nos acerca al clásico japonés
El libro de la almohada



Pravia Arango



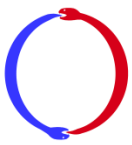
Como en el número anterior, seguimos charlando con la editora Marián Bango Amorín sobre la obra de Sei Shonagon.

Marián, de las varias partes en que se divide el libro, las que más me han gustado son las descripciones y las reflexiones. Comencemos por las últimas. Son observaciones perspicaces que muestran un espíritu muy observador. Pongo varios ejemplos para los lectores; la tristeza de la expresión de alguien que se depila las cejas; lo igual y diferente de la lengua de los bonzos, los hombres, las mujeres y los plebeyos; el fastidio que provoca una bandada de cuervos graznando; lo desapercibido que pasa la senescencia de las madres; lo contagioso que son los

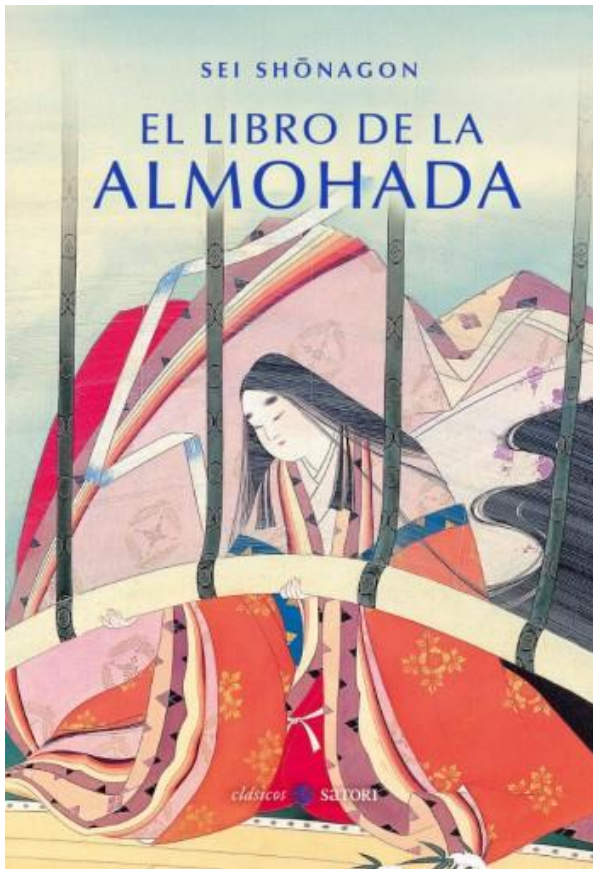
bostezos y los niños. ¿Estas observaciones tan ingeniosas tienen algo que ver con las greguerías de Gómez de la Serna cuando dice, por ejemplo, que “un cometa es un punto que se corre a la media de la noche, que de la nieve caída en el lago nacen los cisnes o que hay unas beatas que rezan como los conejos comen hierba”?

Como comentamos anteriormente, para el ser humano es inevitable establecer comparaciones. Tendemos a buscar referencias y establecer patrones, de modo que las comparaciones surgen involuntariamente en cualquier aspecto de la experiencia humana. Sei Shonagon y Gómez de la Serna comparten el talento del ingenio, esa chispa de genialidad que brota de la observación y de la agudeza del pensamiento innovador. Pero me parece que la comparación termina ahí. Gómez de la Serna concibe sus greguerías como un ejercicio estilístico para epatar al lector, mientras que Sei Shonagon escribe para sí misma y por ello su escritura resulta más sincera (esta es una apreciación personal). Por otro lado, en las observaciones ingeniosas que has citado anteriormente, podemos apreciar una veneración por la naturaleza, un distanciamiento del yo y ciertas dosis de *aware* que me hacen pensar más en el haiku que en las greguerías.

Ahora vamos con las descripciones. Son viñetas costumbristas como la celebración de un día especial en una casa noble, los festivales del palacio imperial o cómo deben ser los carruajes. Me he fijado en la paleta de colores que lo impregna todo. Los espléndidos apéndices complementarios de vuestra edición de *El libro de la almohada* recogen hasta cuarenta términos de color; por ejemplo, en la tonalidad verde encontramos verde hoja, verde glicinia, verde tierra, verde pálido (otoño, invierno), verde oliva, verde hoja de pino, verde oscuro, verde hierba, verde claro (primavera). Mi pregunta es, ¿la gradación tan fina de color se



debe a la autoría femenina? ¿Está el ojo femenino más preparado para la distinción que el masculino? Amplío. ¿Oriente matiza más el color que Occidente?

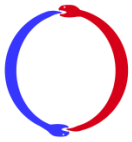


Los colores en la cultura tradicional japonesa —e incluso en el Japón de hoy en día— tienen una gran importancia, nada que ver con nuestro mundo “occidental”. Cualquier aficionado a las plumas conocerá la infinitud de tintas de colores japoneses con nombres tan evocadores como *ina-ho* (espiga de arroz en otoño, «ocre» para nosotros) o *shitoshito* “silencioso y tranquilo”, un tono verde azulado muy claro que hace referencia a una lluvia suave de primavera. La cultura del color en Japón viene de muy antiguo y está profundamente relacionada con la naturaleza. Las escalas cromáticas tradicionales son elementos fundamentales del arte, la literatura, las telas y la artesanía. Sirven para definir estatus, rangos y jerarquías, los sentimientos y las intenciones, las estaciones del año, las festividades... No creo que el aprecio

por el color tenga nada que ver con el ojo femenino o masculino, sino con la tradición cultural en general. Estoy segura de que un ojo masculino japonés medio podría detectar y definir perfectamente muchos más colores que un ojo femenino europeo medio.

Dice el profesor Carlos Rubio, especialista en literatura japonesa, que para componer un haiku hay que ser nipón, si no, escribiremos un “jaiku”. ¿Ocurre lo mismo con los relatos? Te lo comento porque los capítulos narrativos de *El libro de la almohada* me despistaron, pues apenas tienen nudo o motor de la acción y, por tanto, el desenlace es muy débil. Te lo planteo con otras palabras, ¿el código de lectura de la narrativa japonesa de este libro es difícil para un occidental?

Nosotros concebimos el texto narrativo con un esquema —que, según nuestros parámetros culturales, consideramos lógico y coherente— de planteamiento, nudo y desenlace. A veces admitimos finales abiertos, pero siempre y cuando el autor nos ofrezca un “final”. El alfa y el omega. También valoramos la originalidad tanto de las formas como de los contenidos. La literatura japonesa tradicional no sigue necesariamente esos preceptos que para nosotros son imprescindibles. La acción puede comenzar *in medias res* y no llegar nunca a un final tal y como nosotros lo entendemos, un final resolutivo. Digamos que la narración occidental es ir del punto A al punto B, mientras que la narración japonesa es sencillamente el camino, sin importar de dónde arranca ni dónde termina. Es frecuente que el lector se pueda frustrar porque no ve colmadas sus expectativas, porque el conflicto planteado no se ha resuelto o porque, aparentemente, no ha pasado nada. Pero es que en ese “no pasa nada” suceden infinitud de detalles que nos han pasado inadvertidos porque leíamos la historia con ojos occidentales que buscaban saciar su sed de final y resolución. Como un caminante a toda prisa enfocado en



el sendero que se pierde la belleza de los árboles y las flores a los lados del camino, las nubes en el cielo o el canto de los pájaros.

Siempre se habla de las listas que aparecen en esta obra. Son enumeraciones de elementos naturales (montañas, picos, árboles, ríos, cascadas, flores, aves, insectos, hierbas...), de edificaciones (estanques, puentes, palacetes...), etc. El profesor Rubio en *Mil años de literatura femenina en Japón* plantea dos explicaciones: a) pudieron formar parte de una especie de catálogo de consulta para componer poemas, b) estas listas circulaban en la corte como materia de conversación y esparcimiento en las veladas de las damas de compañía de Heian. Tras la lectura del libro, pienso que las dos interpretaciones no son excluyentes, sino complementarias. ¿Cómo lo ves tú?

Estoy de acuerdo en que ambas explicaciones no son excluyentes. El arte de la poesía era parte fundamental de la corte: se hacían concursos entre aristócratas y se intercambiaban poemas entre amantes. Esas listas bien pudieron ser materia poética como conversacional.

Lo bello y lo triste, de Yasunari Kawabata. Tras la lectura me queda el regusto del papel de la mujer como exquisito objeto al servicio del placer y del entretenimiento del poderoso. Hago un esfuerzo por contextualizar..., pero noto un ser que aprecia lo bello de su alrededor, pero también percibo lo triste de esa voz condenada a ser un delicioso bibelot. ¿Ayuda este libro a reforzar la idea de la mujer sometida al varón o sirve de ejemplo de la mujer con voz y entidad propias? Agrídulce, esa es la impresión que me causó la lectura. ¿Coincide con la tuya? Sin duda aportarás un enfoque nuevo y enriquecedor.

La primera vez que leí este libro, hace casi veinte años, tuve la sensación de estar leyendo a una autora contemporánea. Me sorprendió que una mujer que había escrito aquello hacía

diez siglos desde la corte de un país lejano me hablase con una voz tan fresca, tan auténtica y tan directa. Sus preocupaciones, en el fondo, eran las mismas que las mías. No percibo esa tristeza, ni esa condena de ser una figurita de adorno en un estante: veo a una mujer fuerte que toma sus propias decisiones, una mujer que se hace respetar entre sus amantes y sus compañeras, que hace lo que se le antoja dentro de los límites que su condición le impone (algo que nos pasa a todos nosotros por el simple hecho de vivir en sociedad), una mujer excepcional con un talento deslumbrante.

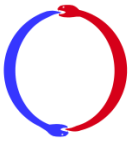
Desde la revista *Oceanum*, queremos felicitaros por el cuidado y la exquisitez de la edición, ya que el texto se complementa con ciento cinco páginas que corresponden al prólogo, diez apéndices e índice, imprescindibles para conocer la idiosincrasia de lo japonés antiguo.

Una editorial modelo del buen hacer.





Con la poetisa **Nivaria Tejera**



Encarnación Sánchez Arenas

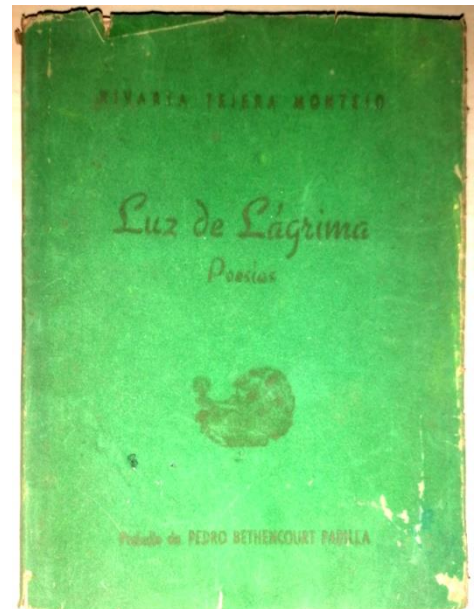
Nivaria Tejera (Cienfuegos, Cuba, 30 de septiembre de 1929 – París, 6 de enero de 2016) fue una poeta y novelista cubana. Tejera vivió gran parte de su vida en París.

Entre sus poemarios, tenemos *Luces y piedras* (1949), *Luz de lágrima* (1951), *La gruta* (1952), *Innumerables voces* (1964), *La barrera fluídica o París escarabajo* (1976), *Rueda del exiliado* (1983), *Martelar* (1983).

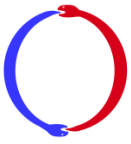
Como indica Andream Gremels en “Sueños y desencuentros con la Revolución cubana: la memoria del exilio en la poesía de Nivaria Tejera”, como capítulo del libro *Casa en que nunca he sido extraña: las poetas hispanoamericanas: identidades, feminismos, poéticas* (Siglos XIX-XXI), de Milena Rodríguez Gutiérrez, ed., el poema “La Habana un día” es un ejemplo de cómo Tejera trata de liberarse de Cuba sin poder huir o separarse de ella. A di-

ferencia de *Rueda del exiliado*, que hace hincapié en las dificultades existenciales del exilio, en “La Habana un día” Tejera vincula el conflicto de la “des-nación” cubana con la capital de la isla. El tema de la liberación se observa en este poema a nivel gráfico, es decir, en la constelación o dispersión de las palabras en la página. Los versos, que desbordan este espacio de manera irregular, ilustran los movimientos inestables y discontinuos que se observan en la literatura cubana desde sus principios:

La Habana un día
Un día
mi palma crecerá hasta la Manchuria
un buen día
pueblo mío
tú crecerás sobre el mar
de pronto un día
los obreros felices pensarán en su ciudad
inventarán rampas infinitas...



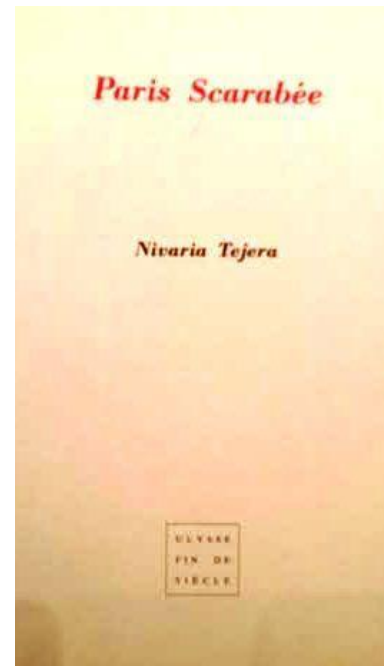
Apuntamos que podemos encontrar también la perspectiva exiliada en otros poemas de Tejera en los que París se convierte en protagonista; por ejemplo, en el poema “¿Dónde están...?”, que nos muestra el desencuentro entre la sujeto hablante y la ciudad de París, como si una y otra



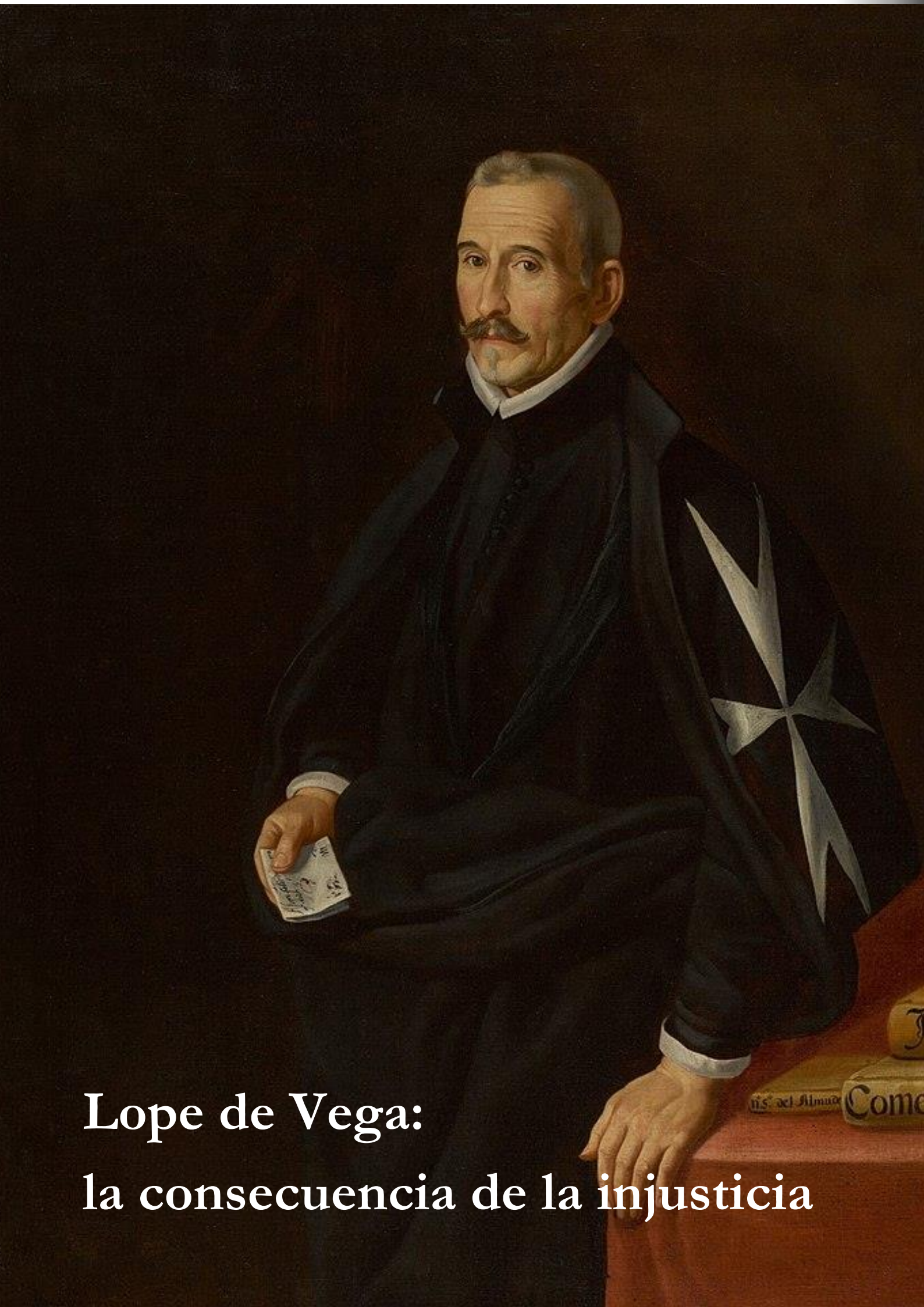
ocuparan lugares distintos, y no consiguieran encontrarse; un desencuentro donde la hablante, en este caso, no es siquiera objeto de mirada:

¿Dónde están las calles de París
sus gentes silenciosas, su hambre?
Desde mi ventana miro pasar los hombres
Todos marchan tan solos que apenas existen.
Existen como un escaparate, un tren, o un periódico
que vuela solitario en el tiempo de la noche.
Yo tengo hambre y no puedo acercarme a nadie para decirle:
“Tengo hambre”.
Yo los amo y no puedo acercarme a nadie y decirle:
“Yo le amo”.

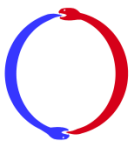
En cualquier caso, las construcciones de los poemas de Tejera en torno a la ciudad de París revelan radicalmente su marca, su dimensión exiliada, y ponen de manifiesto la veracidad de esa afirmación de María Zambrano: “Falta ante todo al exiliado el mundo, de tal manera es así que no sólo se es exiliado por haber perdido la patria primera, sino por no hallarla en parte alguna”, como indica Milena Rodríguez Gutiérrez en “Dos poéticas del exilio cubano. Nivaria Tejera y Magali Alabau: París / Nueva York, o el espacio que no es”.



Publicado en el *Diario Jaén* el 3-12-2022



**Lope de Vega:
la consecuencia de la injusticia**



Diego García Paz

Como escritor polifacético, son de su autoría auténticos referentes en la poesía, el teatro o la novela. Me quiero referir en concreto a una de sus obras como dramaturgo, *Fuenteovejuna*. Publicada en Madrid en 1619, deja entrever, con bastante claridad, el pensamiento de Lope de Vega sobre el proceder de los dirigentes políticos y la reacción que tal forma de actuar lleva aparejada, concluyendo que no en pocas ocasiones aquellos comportamientos del poder, aparte de alejados de la visión de Estado, o de la debida atención al bien común, no resultan especialmente inteligentes, ni siquiera para aquellos que los llevan a cabo, pues terminan dándose la vuelta. Hay, además, una importante moraleja jurídica que, con el devenir de la historia, ha tenido momentos de realidad, aparte de plasmar aquello que, precisamente, trata de evitar el Derecho: la venganza.

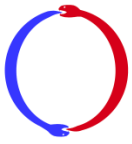


Félix Lope de Vega Carpio (1562-1635) fue uno de los más relevantes escritores españoles del Siglo de Oro, emblema de

las letras hispanas, junto con Miguel de Cervantes, Luis de Góngora o Francisco de Quevedo. Tuvo una vida, como también caracterizó a los escritores de su tiempo, en sí misma constitutiva de novela, en la que es posible encontrar todo tipo de episodios. Tales vivencias incuestionablemente contribuyeron a forjar una producción literaria tan rica cuantitativa como cualitativamente, uniéndose a su innato ingenio literario una trayectoria vital definible, al menos, como variopinta, materializando, de forma ejemplar, el grado que supone la experiencia.



En *Fuenteovejuna*, el comendador Fernán Gómez actúa como un auténtico tirano en la villa



del mismo nombre, saciando, a costa de los habitantes del pueblo, todas sus apetencias y vicios, sin límites. La paciencia de los lugareños se acaba y un día entran todos en su vivienda y lo matan, colocando su cabeza en una picota. Tras el crimen, los Reyes Católicos envían a un instructor o pesquisidor para saber quién, de entre los habitantes del pueblo, había matado al comendador, no pudiendo averiguarlo, porque todos los ciudadanos se respaldaron entre ellos y nadie acusó a nadie, sino que afirmaron que la muerte fue obra de todos, de Fuenteovejuna. Finalmente, se consideró que el hecho había sido fruto de un acto de justicia, natural y espontáneo, emanado del propio pueblo.

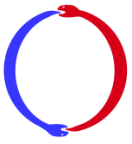


El comendador Fernán Gómez.

Pues bien, la visión de Lope sobre ejercicio del poder es claramente de crítica feroz, algo muy propio en la literatura de entonces, en algunas obras de una forma más sutil que en otras, pero desde luego en el caso de *Fuenteovejuna* el re-

proche es abierto. Hasta tal punto el autor rechaza al dirigente que lo presenta como un auténtico monstruo, quien además actúa bajo el paraguas de una supuesta legitimidad que no se corresponde con la falta completa de moral en su conducta. En este aspecto, brilla una de las cuestiones más importantes de la filosofía jurídica, que no es sino la evidente diferencia entre lo legal y lo legítimo: entre la forma, la mera apariencia, y el fondo, la ética de quien dirige el destino de una sociedad, procediendo con esa finalidad e impulsando los procesos legislativos y la actuación administrativa con esa misma orientación. Precisamente, si el poder recibe las potestades administrativas de dirección, actuación y ejecución ello es debido a que se presupone que su comportamiento se basa y orienta hacia un fin justo y, por ende, ético siempre, cual es la visión global de procurar el bien común. En el momento en el que esa razón de ser, de naturaleza estrictamente ética desaparece y el poder actúa de forma desviada, con el fin de procurarse su propio beneficio, o el de terceros a los que interese tener satisfechos, la razón misma de la existencia del dirigente se hace añicos, no estando justificada su continuidad, tratándose en consecuencia de un poder ilegítimo, sin el sustento del pilar de la moral, aun cuando aparezca revestido de legalidad formal en su nombramiento, en el devenir del ejercicio de sus atribuciones o aunque emplee el propio instrumento de la ley, modificándola a su antojo, para justificar sus tropelías. Los efectos de sus actos son los propios de la perversión, esto es: todas y cada una de sus decisiones son injustas, y así las percibe el pueblo, a pesar de que sean obligatorias. Esto también tiene una consecuencia de especial gravedad, a la que a continuación me refiero.

En *Fuenteovejuna* el pueblo que percibe y siente la injusticia acaba haciendo su propia justicia, que posteriormente, además, resulta avalada por los reyes. Es decir: los actos arbitrarios del poder han dado lugar a su propia aniquilación, pero también a revelar la cara



más atroz de una sociedad agotada, que se termina alzando contra aquel poder ilegítimo de una forma violenta e imparabile. Esto supone, de forma literal, el retorno a la autotutela, a la venganza, como único recurso para reestablecer una situación de convivencia pacífica de la que el poder privó al pueblo. Aunque la obra teatral concluye con una exaltación a la justicia popular, y una oda a la solidaridad, también es una derrota social, pues la desunión del Derecho con la ética en la forma de actuar del poder supone que todo un modelo de convivencia pacífica, que es el que fundamenta los ordenamientos jurídicos modernos nacidos con el objetivo de evitar tener que acudir a las revoluciones para lograr e incluso mantener lo ya ganado, salte por los aires para volver a estados sociales anteriores a aquello que entendemos, sencilla y llanamente, por civilización.

Conclusiones cuya aplicación práctica —tristemente— va más allá de la época en la que Lope vivió, que permiten ver el carácter atemporal de la obra, y ratifican que un derecho desprovisto de los principios de la ética, que ha de estar ubicada tanto en los cimientos del sistema jurídico como en la propia mente de quienes, de forma transitoria, detentan posiciones de poder, no es sino una mera cobertura para la injusticia, y con ello, el vehículo para acabar, llegado el momento, con logros de siglos.

Pleitos, a vuestros dioses procesales
confieso humilde la ignorancia mía;
¿cuándo será de vuestro fin el día?
Que sois, como las almas, inmortales.

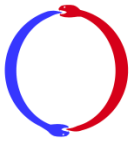
Hasta lo judicial, perjudiciales;
hacéis de la esperanza notomía:
que no vale razón contra porfía
donde sufre la ley trampas legales.

¡Oh monte de papel y de invenciones!
Si pluma te hace y pluma te atropella,
¿qué importan Dinos, Baldos y Jasones?

¡Oh justicia, oh verdad, oh virgen bella!,
¿cómo entre tantas manos y opiniones
puedes llegar al tálamo doncella?



El vendedor de enciclopedias



Miguel A. Pérez

*A Manuel Monterrey,
tripulante de Oceanum*

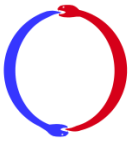
Hace no mucho que existían vendedores de enciclopedias. También existían compradores de enciclopedias, acaso porque sin estos los primeros no serían sino una especie en extinción. Corría el siglo pasado sin que Internet hubiese llegado a todas partes y abundaban las casas donde los libros eran un suceso extraño, a pesar de que los muebles-librería adornaban sus salitas —aún no se habían ganado la consideración de “salón”— con estantes más preocupados por almacenar adornos que por dar descanso a la cultura. Las mueblerías exhibían en sus inmensos escaparates piezas de brillantes lacados con el adorno de tomos de atrezo distribuidos para la ocasión. La escena traía a la memoria otra imagen, la que podíamos encontrar en los últimos compases de *2001, Una odisea espacial*, la novela de Clarke, cuando David Bowman “aterriza” con

su pequeña nave espacial en el salón de una casa en la que todos los libros tienen sus páginas en blanco. No es lo mismo, claro; en las mueblerías ni siquiera tenían páginas.

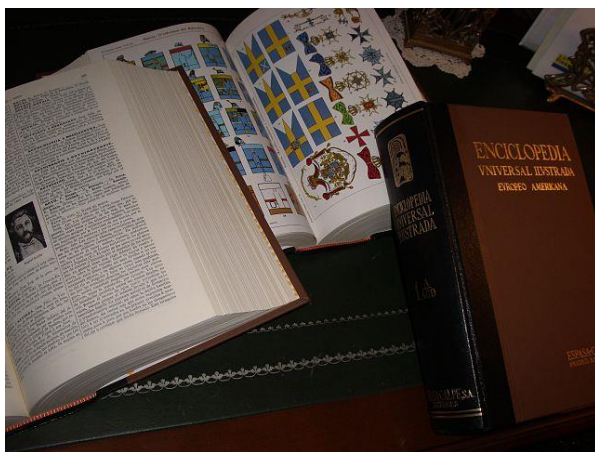
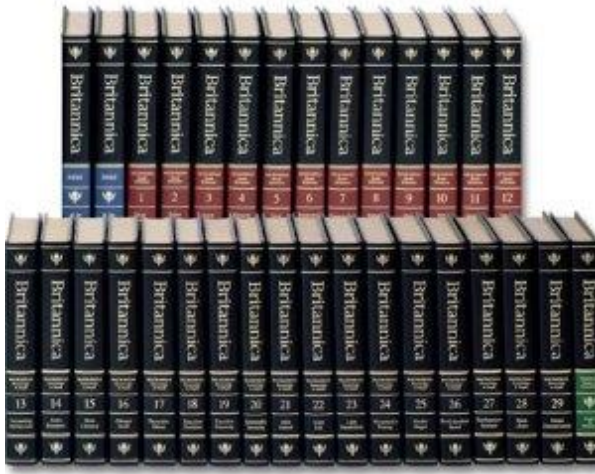
El caso es que, quien más y quien menos, deseaba imitar la escena de la mueblería incluyendo algunos libros en tapa dura —nada de rústica y mejor, si cabe, con aspecto de encuadernación en piel— para que el mueble pudiese alcanzar la condición de “librería” y no una librería cualquiera, sino una que tuviese un aspecto serio, capaz de maquillar a los habitantes de la casa como personas cultas y leídas o, al menos, preocupadas por la cultura. ¿Qué mejor que la sucesión de tomos voluminosos a juego que constituye una enciclopedia? Justamente eso. Así que aparecieron los compradores de enciclopedias y, de forma inevitable, los vendedores de enciclopedias que llamaban a la puerta de las casas. Era como el “Avon llama”, pero con libros; sin hedonismo, mucho menos prosaico, dónde va a parar.

No solo había enciclopedias. También historias. Del arte, de la cultura, de la tecnología, de la economía..., historias de la historia ilustradas con profusión, que se formulaban también en hermosas colecciones de tomos con sobrecubierta y encuadernación de lujo. Incluso recuerdo que en una de esas reuniones en las que se presentaban las obras —eran como las de Tupperware®— una de las personas asistentes rechazaba la compra de no-sé-qué-colección porque el color de la sobrecubierta no quedaba bien con los tonos de decoración del salón. Pero la excusa no sirvió porque el vendedor, todo un hacha, desnudó uno de los tomos para mostrar la belleza sin par de una encuadernación en piel auténtica —no aclaró qué animal habría sido desollado para ello— que “pegaba con todo”. “Toque, toque”, decía...

Todos compramos alguna enciclopedia alguna vez. Sin ir más lejos, una enciclopedia *Britannica* llena un par de estantes de mi librería; allí está, con su *Micropædia*, su *Macropædia*, su



Propædia y... sus actualizaciones. Sí, el problema de cualquier enciclopedia sobre papel, es que, dado su carácter globalizador del saber, necesita incorporar las novedades que se producen con el paso del tiempo. Y, como no es posible desencuadernar, imprimir, añadir y volver a encuadernar, todas las novedades iban a parar al infierno de los tomos aparte y complicaban el acceso a la información en la medida en que ya no estaba dentro del orden original. Claro está que, si el objetivo se centra en su imagen en el mueble, los nuevos tomos nunca desentonan.

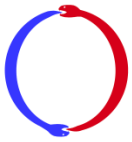


El problema de las actualizaciones es común a todas las enciclopedias y diccionarios enciclopédicos —permítame no hacer distinción entre unos y otros y agruparlos en aras de la economía del lenguaje bajo un mismo término, aunque resulte menos preciso— y en los tiempos

del papel como soporte se resolvía de dos formas diferentes: mediante las actualizaciones con tomos adicionales (el caso que antes comentaba) y mediante la reedición completa de la obra cada cierto tiempo. Los proyectos dotados de mayor soporte económico —como el caso de la *Encyclopædia Britannica*— se permitían el lujo de la reedición, mientras que los demás solo podían optar a completar con apéndices la costosa obra original. La *Britannica* llegó a reeditarse de forma anual en los últimos años, mientras que la *Enciclopedia Espasa* solo añadió actualizaciones tras culminar los setenta volúmenes (setenta y dos tomos) de la obra original en 1930.

A pesar del ofrecimiento periódico de una nueva edición, el comprador no institucional —el ciudadano de a pie, esté interesado en el valor cultural o escultural de la obra— no suele permitirse el lujo del cambio, aunque haya oferta de recompra y retirada de la anterior, así que la mayoría de los proyectos optaron por la vía de los apéndices: por ejemplo, la obra de Espasa concluyó su andadura en 2013 con treinta y ocho volúmenes de suplementos y siete de complementos, lo que elevó el compendio a un jaleo intratable de ciento veinticinco tomos, capaz de precisar para sí mismo un mueble-librería (en alguna de las ofertas, hasta lo regalaban con la obra). Por su parte, la obra estadounidense, a lo largo de casi un cuarto de milenio de camino, terminó por ofrecer las dos alternativas.

Todos los problemas derivados de los cambios que surgen en el mundo, la aparición de nuevos personajes, de nuevas ideas y propuestas o la desaparición de unos y otras, fruto de la evolución de la sociedad humana, han tenido en el formato *on-line* sobre Internet la mejor de las soluciones, con tiempos de latencia que llegan a bajar hasta solo unos minutos. Internet ha dado el finiquito a todas las enciclopedias en papel, a los vendedores de enciclopedias y a los compradores de enciclopedias. Ahora, los

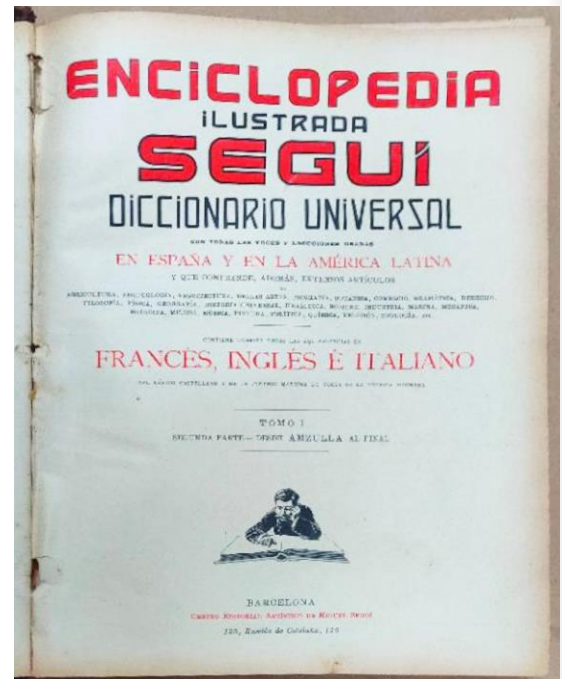


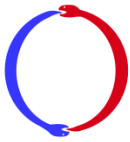
volúmenes, utilizados o no, recuperan el estatus de adorno en las estanterías (en el caso de que lo hubieran perdido en algún momento) o vagan por las subastas de coleccionismo y ventas de segunda mano con más pena que gloria, convertidos para siempre en un mero objeto vacío.

En ese corto camino que va del pragmatismo a la nostalgia, me gustaría traer aquí un proyecto enciclopédico que, por fracasado, posee la pátina de heroicidad que impregna las lápidas de los cementerios. Se trata de un proyecto nacido a principios del siglo XX, en plena ebullición cultural y que vería su primer resultado tangible a comienzos del siglo XX. La *Enciclopedia ilustrada Seguí* pretendía añadir un mayor contenido gráfico a las entradas y artículos de las enciclopedias tradicionales (por entonces, acababa de salir el séptimo tomo de la Espasa con 1608 páginas que recogía las entradas desde B hasta BELL) a la vez que buscaba resultar un poco más accesible desde el punto de vista económico.

La idea partió de uno de los mejores grabadores del momento, el barcelonés Miguel Seguí Riera (1858-1923). Se había dado a conocer con las reproducciones de los dibujos de Mariano Fortuny y de *Los caprichos* de Goya, pero alcanzó la cúspide de su fama con una participación muy destacada en la Exposición Universal de Barcelona de 1888 en la que presentó una excelente exposición de aguafuertes. Sus orígenes artísticos fueron determinantes a la hora de concebir la línea de trabajo de la “Editorial Seguí” —su nombre real era Centro editorial artístico de M. Seguí—, dedicada a la divulgación de la cultura y del conocimiento, en la que se pretendía dar más peso a la parte gráfica frente al texto como táctica para acceder a un público más amplio. Así fue concebida la *Enciclopedia ilustrada Seguí*, tomos de gran formato con abundante material gráfico: fotografías, dibujos, esquemas, cuadros, en los que se permitía el lujo de usar el color cuando

era posible, aunque los estándares de la época estuvieran muy lejos de la tetracromía actual. Es fácil suponer que una obra de estas características ni iba a ser barata ni se podía poner en marcha de un día para otro, de modo que se recurrió a un sistema de financiación como el actual *crowdfunding*, que no es más que una forma rimbombante de decir “suscripción”. ¡Qué manía —por Dios— con los términos en inglés para expresar lo que ya tiene términos en castellano! El caso es que, por una suscripción de diez pesetas al mes (o un pago aplazado desde ese mismo valor), cualquiera podía hacerse con la nueva enciclopedia, aunque no sería de golpe, sino que los tomos irían apareciendo a lo largo de los años, es de suponer que más rápido en la medida en que el número de las suscripciones fuese en aumento. Este método se empleaba para obras como esta desde la época de Diderot y D’Alambert, allá por el siglo XVIII, y era utilizado también por Espasa para su enciclopedia, porque permitía contar con dinero por anticipado para pagar unos gastos de escritura y edición que resultarían muy costosos.





Un libro indispensable para todos es la **ENCICLOPEDIA ILUSTRADA SEGUÍ**
LA MÁS COMPLETA Y ECONÓMICA

EQUIVALENCIAS EN FRANCÉS, INGLÉS E ITALIANO

Los que posean la **Enciclopedia Ilustrada Seguí**, poseerán a la vez toda la suma de conocimientos atesorada por las generaciones que se han sucedido en el haz de la Tierra; el conjunto de todas las ciencias abstractas y de aplicación; todas las noticias geográficas e históricas referentes a las distintas naciones de nuestro Globo; la biografía de todos cuantos han contribuido al progreso de las ciencias, de las artes y de la industria o han figurado en algún acontecimiento histórico; en una palabra, tendrán a su alcance todas aquellas noticias que por cualquier concepto puedan interesarles. Y además un conjunto de mapas, planos e ilustraciones que constituyen un verdadero tesoro iconográfico.

Basta la simple inspección de los tomos publicados de esta **Enciclopedia Ilustrada Seguí** para convencerse de que, tanto por su utilidad como por su belleza, no hay otra que pueda igualarla. Véanlos, pues, porque de la gran riqueza y variedad de sus ilustraciones sólo de «visu» puede juzgarse.

EL ÉXITO MÁS GRANDE DE LA LIBRERÍA ESPAÑOLA — MÁS DE 50.000 SUSCRIPCIONES A ESTA OBRA

Obra premiada con **Medalla de oro** en la Exposición de Santiago de Compostela, en 1903; con **Diploma de Honor** (la más alta recompensa) en la Exposición Nacional de Valencia, en 1910; y con el **Gran Premio de Honor** en la Exposición Internacional de Buenos Aires, en 1910-1911.

2 reales cuaderno **PÍDASE PROSPECTO**

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA SEGUÍ
— DICCIONARIO UNIVERSAL —

Obra premiada con la más alta recompensa en todas
: : : : : cuantas Exposiciones ha concurrido : : : : :

LOS MÁS INSTRUIDOS
SON LOS MÁS APRECIADOS

Esta enciclopedia es tenida por la mejor de todas, porque, a más del inmenso caudal de conocimientos que contiene, que por sí sola constituye una verdadera biblioteca, y de ser la más documentada e ilustrada, es la más práctica por la justa extensión de sus artículos, que, confiados a personas peritas en cada materia, sólo contienen los datos que estrictamente deben decirse, y no obligan al lector a leer definiciones demasiado extensas, que fatigan en balde la imaginación del profano, sin ventaja ninguna para el especialista.

Ven publicadas las letras
A · B · C · CH · D · E
— EN SIETE TOMOS —

**POSEER ESTA OBRA
ES POSEER UNA BIBLIOTECA**

En los tomos publicados figuran:

TEXTO
223.000 artículos con profusión de voces técnicas y sinónimas, bibliografía, lexicografía española y muchísimos nombres extranjeros que han tomado carta de naturaleza en nuestro idioma.

ILUSTRACIÓN
433 láminas, 159 mapas, 67 planos, 4.251 figuras en color y 2.435 en negro; 512 mapas y 17.896 grabados intercalados en el texto.

Puede adquirirse a plazos desde 10 Ptas. mensuales

ES LA MEJOR ENCICLOPEDIA Y LA MÁS ECONÓMICA
El éxito más grande de la Librería española ✕ 50.000 suscripciones en Diciembre de 1914

La cantidad —diez pesetas (corresponden a unos 32 euros de hoy en día)— no dice nada si no se tiene un marco de referencia económico de la época y el país, pero si tenemos en cuenta que un minero medio cobraba unas 800 pesetas al año en 1910, las carnes más baratas costaban en torno a 2 pts/kg, la leche rondaba 0,40 pts/l y los garbanzos rozaban la peseta por kilogramo, el coste de disponer de una enciclopedia no estaba al alcance de la inmensa mayoría de la población, a pesar de que la publicidad de la obra cantase a los cuatro vientos que “Los más instruidos son los más apreciados” como

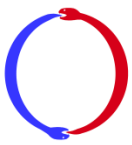
reclamo al retorno de la inversión en la forma de un trabajo más cómodo y mejor remunerado.

En 1914, cuando la Primera Guerra Mundial aún no figuraba en ninguna obra de este tipo, la *Enciclopedia Ilustrada Seguí* contaba con más de 50 000 suscriptores, entre los que sería difícil encontrar al minero medio con el sueldo anual de 800 pesetas. Cambiar el destino de un 15 % del dinero disponible de la alimentación a la cultura estaba fuera de lo razonable y eso reducía al proletario de la época a un papel semejante al de los primeros homínidos, cuando la propia supervivencia absorbía todos sus esfuerzos.

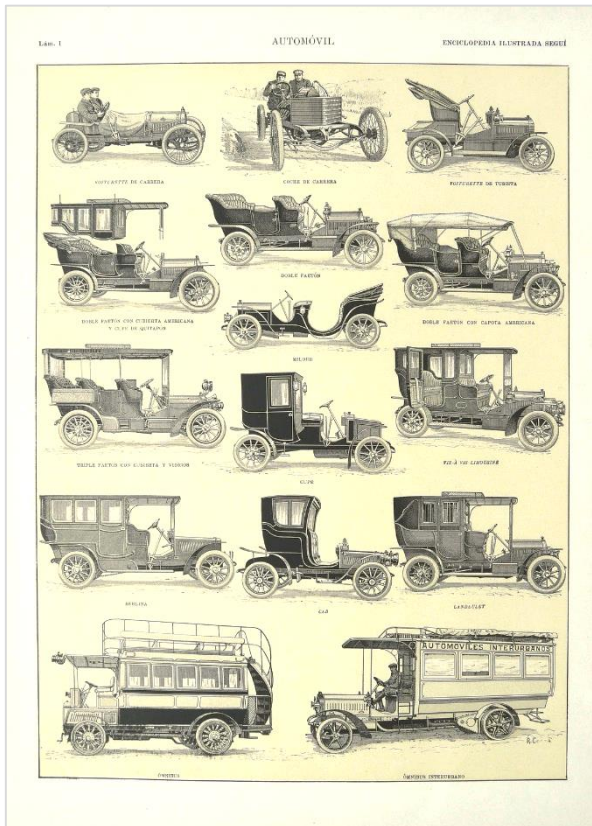
En esta situación, para 1914 se habían publicado siete tomos —hasta la letra “E” — que contenían más de 200 000 entradas y en los que el material gráfico destacaba sobremanera, con un total de 433 láminas, 159 mapas, 67 planos, miles de dibujos insertados en el cuerpo del texto y más de 4 200 figuras en color. Este interés por la imagen como medio de divulgación de la cultura y del conocimiento se palpaba en toda la obra y, de hecho, actuaba como reclamo en la propia publicidad:

Esta enciclopedia es tenida por la mejor de todas, porque, a más del inmenso caudal de conocimientos que contiene, que por sí sola constituye una verdadera biblioteca, y de ser la más documentada e ilustrada, es la más práctica por la justa extensión de sus artículos, que, confiados a personas peritas en cada materia, sólo contienen los datos que estrictamente deben decirse, y no obligan al lector a leer definiciones demasiado extensas, que fatigan en balde la imaginación del profano, sin ventaja ninguna para el especialista.

Hasta ese mismo año de 1914, su principal competidor español en el terreno enciclopédico, Espasa, llevaba publicadas más de



25 000 páginas de su obra y ya estaba en la calle el decimoséptimo tomo de su proyecto (CHARI-DELLW).

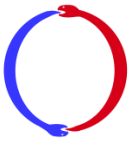


El paréntesis forzado por el conflicto bélico afectó tanto a los contenidos —la incertidumbre del resultado de la contienda afectaría a los mapas y a las sociedades— como a los medios de producción, sin olvidar que los asuntos económicos sufrieron el impacto directo de las bombas y redujeron las capacidades de la mayoría de los bolsillos. Sin embargo, Espasa sacó cuatro tomos en 1915 hasta “ESPAN”, saltaría a la letra “L” en 1916 y continuaría por el nuevo camino en el abecedario hasta que en 1923 editó los tomos que se habían quedado en el tintero, en paralelo con los que correspondían. No hubo pérdida de ritmo, pero no ocurrió lo mismo con la enciclopedia de Miguel Seguí, que no terminaba de conseguir velocidad de crucero. Para empeorar la situación, su muerte en 1923 trastocó lo que era, sin duda, un proyecto personal y, aunque continuase tras la desaparición de su principal impulsor, el ritmo fue mucho más bajo, lo que contribuyó a

perder suscriptores, que no acababan de ver terminada la obra tras dos décadas de publicación. Los tiempos convulsos que se vivieron en España en esa época, los conflictos internos y externos y el desastre político generalizado hicieron el resto. En economía, los tiempos de crisis son oportunidades de negocio para quien dispone de un buen respaldo económico, pero resultan dramáticos para quien carece de reservas.

Aunque se afirma que las comparaciones siempre son odiosas, resulta inevitable observar la marcha paralela de las dos obras enciclopédicas que pugnaban por la supremacía en lengua española: Espasa, una enciclopedia tradicional soportada por una potente editorial (Espasa primero y Espasa-Calpe después) y el mayor grupo papelerero de la época —el que controlaba la práctica totalidad de la producción de papel en España—, frente a la propuesta de Miguel Seguí, que no disponía de un soporte económico semejante y cubría esas carencias con la ilusión de una propuesta novedosa y el apoyo de los suscriptores. La *Enciclopedia Espasa* se completó en 1930 y ha editado suplementos hasta 2013, mientras que la Enciclopedia Ilustrada Seguí sacó su último volumen, un suplemento, en 1935. La inminente Guerra Civil se encargaría de darle la puntilla, como hizo con las expectativas de toda una nación. Si disponer del dinero necesario para acceder a la obra había sido difícil a principios del siglo XX, en la posguerra española, caracterizada por la hambruna y la necesidad, resultaba imposible. Con el cerebro amordazado por la represión y la penuria, tratar de que el estómago no estuviese del todo vacío era lo más importante en la España de la posguerra.

“LLYWELL” fue la última voz que apareció en el volumen decimosegundo de Seguí, la que hizo de cierre y dejó inacabado un proyecto tan interesante en lo cultural como arriesgado en lo económico. La propia editorial no resistió mucho más. En 1945 echaba el cierre. Su sede,



el precioso edificio modernista del ensanche barcelonés en la calle del Torrent de l'Olla, construido en 1912 por el arquitecto Andreu Audet i Puig, terminaría dedicado a otros usos. Hoy en día, carentes de utilidad por los contenidos y con escaso interés bibliófilo —se pusieron en circulación miles de unidades y ahí siguen en la mayoría de los casos—, estos volúmenes han hecho que los antiguos compradores de enciclopedias se hayan convertido en los actuales vendedores de enciclopedias, refugiados en las diversas plataformas de ventas *on-line*, con la esperanza lejana de sacar dos o tres centenares de euros y liberar espacio en sus estantes. Y es que ahora, la visión de una pared cubierta de libros semejantes ya no viste como entonces, sino que, en el mejor de los casos, proporciona a las visitas una imagen decadente del anfitrión. La devaluación es tan grande que la mayoría de los vendedores ni siquiera ofrece el envío a domicilio porque el coste que supone despachar puerta a puerta

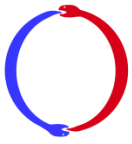
algo tan pesado supera con creces su valor actual.





Mi Ava Gardner

(en el centenario de su nacimiento)



Ángela Martín del Burgo

Pero a quien queremos rendir tributo ahora es a una actriz de no menos singular belleza aprovechando el centenario de su nacimiento, una actriz que deslumbró a hombres y mujeres en vida y que gracias al celuloide —virtud mágica del séptimo arte—, nos sigue encandilando a nosotros.

El arte, cualquier arte, tiene la virtud de fijación del instante luchando contra el tiempo. El cine nos sigue ofreciendo a hombres y mujeres en su mejor edad, actores y actrices, para disfrute de una eterna juventud y belleza.

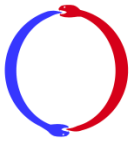
¿Es ahora cuando nos ha encandilado Ava Gardner? Es ahora cuando queremos escribir sobre ella aprovechando el centenario de su nacimiento. Porque nos gusta Ava Gardner. Nos gusta verla interpretar. Sus miradas, sus movimientos, sus gestos, sus enigmáticos ojos que siempre sorprenden. Sobre todo, sus ojos y sus miradas que hablan con clave de misterio a los galanes con quienes compartía rodaje. No nos gusta el apodo de “el animal más bello del mundo”, que se lo pusieron para la promoción de la película *La condesa descalza* en 1954 — a raíz del diálogo de uno de los actores— y que uno de sus maridos, Frank Sinatra, Frankie, con el que estuvo más tiempo casada, se refería a ella. Le gustaba a ella, en cambio, el apodo de “La condesa descalza”. Su familia se dedicaba al cultivo del tabaco y a Ava le encantaba corretear por el campo sin zapatos, sensación de libertad a la que recurriría en la memoria cuando atravesaba malos momentos.

Ava Gardner ocasionó romances en la pantalla y en su vida, que no se limitó a sus tres maridos: el actor Mickey Rooney (1942-1943); el músico, clarinetista y director de orquesta de jazz estadounidense Artie Shaw (1945-1946) y el cantante Frank Sinatra, cuyo matrimonio fue el más duradero, de 1951 a 1957.

Tras su ruptura con el cantante viajó a España, donde vivió locas noches de alcohol y amor en

Acaba de celebrarse el centenario de Ava Gardner. Ava Lavinia Gardner nació un 24 de diciembre de 1922 en Grabtown, Carolina del Norte, y falleció el 25 de enero de 1990 en Londres a los 67 años de edad, de una neumonía.

Ava Gardner es una leyenda del cine. Una leyenda solamente sobrepujada por Marilyn Monroe, cuya muerte se sigue queriendo ocultar; y esto después de que alguien con nombre y apellido dijese que fue él quien, entrando en su dormitorio y hallándose la actriz dormida, le inyectó una sustancia letal. También manifestó a los medios que fue la CIA quien le encargó tal perversa y terrorífica acción.



hoteles de lujo como el Hotel Castellana Hilton y en un piso de la Avenida del Doctor Arce, próximo a las oficinas del torero Luis Miguel Dominguín, con quien también tuvo un sonado romance, recuerdo del cual son las fotografías de la actriz y el torero asistiendo ambos a corridas de toros y en otras plazas donde el diestro toreaba y dedicaba a Ava los galardones recibidos tras su triunfo en la plaza.

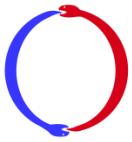
De aquellos años locos, Chavela Vargas diría de su encuentro con la actriz en la boda de Elizabeth Taylor y Michael Todd en Acapulco (1957): “Todos amanecieron con todos, yo amanecí con Ava Gardner”.

Recordaré algunos momentos de las películas de su filmografía que he visto recientemente:

Comenzaré con *Venus era mujer* (*One touch of Venus*) dirigida en 1948 por William A. Seiter, y protagonizada por una jovencísima Ava Gardner en el papel de Venus y acompañada por Robert Walker como Eddie Hatch, conocido especialmente por su papel en *Extraños en un tren* de Alfred Hitchcock. La película, que empieza con un gesto de agalmatofilia — parafilia consistente en sentir deseo sexual hacia una estatua— terminará con la animación de esta estatua, Venus, cuyo cortinaje tiene que reparar el joven Eddie, trabajador en unos grandes almacenes. Venus, convertida ya en mujer y desaparecida como estatua, ocasionará un revuelo y misterio en el filme, de cuya desaparición culparán al joven trabajador —enamorado de Venus, con quien se fuga— y para cuya resolución intervendrán agentes de policía. La irrupción de Venus significará que unos



Ava Gardner en *Venus era mujer*.



y otras reconozcan su amor y el joven Eddie termine enamorándose de una nueva empleada que es como Venus, como que la interpreta la mismísima Ava Gardner.

No entendemos que en *Mogambo*, película dirigida por John Ford en 1953, Clark Gable prefiriese a Grace Kelly. De modo que, cuando esta, al final del filme, marcha con su marido, el antropólogo, y, tras la promesa de boda que el galán le hace a Ava Gardner, la actriz, ya en la lancha a punto de partir, se tire al agua (“No quiero que nadie vuelva a darme un chapuzón”, había dicho momentos antes), y termine la película con el abrazo de ambos, los espectadores sintamos que la historia haya llegado a buen puerto.

En *Forajidos* (*The Killers*, conocida en español por los títulos de *Los asesinos*, *Asesinos y forajidos*), un bello filme *noir* dirigido por Robert Siodmak en 1946 y basada en el cuento homónimo de Ernest Hemingway, es ella quien no entiende el enamoramiento de “el Sueco” (Burt Lancaster), un boxeador en declive que, a la salida de la cárcel, participa en el robo de una empresa. Es aquí donde el antiguo boxeador conoce a la misteriosa y seductora Kitty Collins (Ava Gardner), novia del gánster (Sam Levene) que dirige el robo, quien, secundando el plan de quien ya es su marido, lo engaña. Estupendo papel de la mujer fatal del cine negro. Ava Gardner dirige miradas muy bien administradas a Burt Lancaster. El espectador solamente al final de la película, a través de reiterados *flash backs* —en un estupendo montaje— al hilo de la investigación del detective de la empresa, Riordan (Edmond O’Brien), conocerá el engaño del que el protagonista ha sido objeto. La película tuvo cuatro óscars: mejor director, mejor guion, mejor banda sonora y mejor montaje, y en 2008 fue considerada “cultural, histórica y estéticamente significativa” por la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.



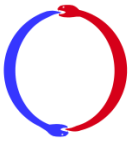
Con Gregory Peck en *Las nieves del Kilimanjaro*.

En *Las nieves del Kilimanjaro* (1952), dirigida por Henry King y basada también en un cuento del escritor Ernest Hemingway, Ava Gardner comparte rodaje con Gregory Peck, Susan Hayward y Hildegard Knef (actriz, cantante y escritora alemana, que fue pareja de Boris Vian). Nuestra actriz es el sueño de amor perdido del escritor Harry Street (Gregory Peck), que, tras su relación con otras mujeres, es a ella a quien persigue en el sueño de la vida. Harry es un escritor que ha sido gravemente herido estando de caza en África cerca de las laderas del monte Kilimanjaro, en Tanzania. Tendido en una litera, dolorido y febril, acompañado de Helen (Susan Hayward), su mujer actual, en reiterados *flash backs* recuerda a la mujer que más amó: Cynthia Green (Ava Gardner).



Ava Gardner en *La condesa descalza*.

La película *La condesa descalza*, filme que, como hemos dicho antes, le valió el apodo que en verdad a ella gustaba, fue escrita y dirigida por Joseph L. Mankiewicz en 1954. La actriz



interpreta a la bailarina madrileña María Vargas que, tras la guerra civil española, baila en un café flamenco, donde es solicitada por el productor de Hollywood, Kirk Edwards (Warren Stevens). Harry Dawes (Humphrey Bogart) consigue, yendo a su camerino, que María acuda a la mesa del productor y vuelen sin interrupción —ella sin equipaje, también sin zapatos, que Bogard recoge del suelo— a La Meca del cine. La película está narrada desde la voz del escritor Harry Dawes en intermitentes *flash backs* desde el cementerio adonde acuden tras la muerte de María Vargas. ¿Qué ha sido de María?; ¿cuál ha sido su final? Son preguntas que no dejarán de hacerse los espectadores. Y es que lo que era un sueño de amor va a transformarse en un sueño de muerte. “*Che sará sará*” (lo que ha de ser será) es la inscripción que reposa en el túmulo de la actriz. En ese sueño de amor late como *leit motiv* (los zapatos y su despojamiento) el cuento de *La Cenicienta*, recogido desde su tradición oral por Charles Perrault en 1697 con el título de *Cenicienta o El zapatito de cristal* y posteriormente, en 1812, por los hermanos Grimm formando parte de la colección de *Cuentos de la infancia y del hogar*. Por último, Disney realizó en 1950 una versión cinematográfica de *La Cenicienta*, que se asemeja más a la de Perrault. Pues bien, María Vargas que, como *la Cenicienta* sueña con un sueño de amor en el que se enamorara de un príncipe, encuentra al conde italiano Torlato-Favrini (Rossano Brazzi), se enamora de él y se casa. Mas la noche de bodas él le entrega una carta que ella lee que dice que, tras las heridas de guerra de la Segunda Guerra Mundial, su cuerpo ha quedado lesionado de la cintura hacia abajo y se ha salvado solamente su corazón. María queda embarazada de algún amante ocasional. El conde mata a los dos amantes; cogiéndola en brazos la deposita en un canapé calzada. Humphrey Bogart le quitará los zapatos.

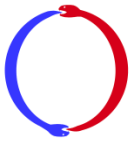
Quedan tantas otras películas excepcionales como *55 días en Pekín* de Nicholas Ray (1963)

o *La noche de la iguana* de John Huston (1964).

Gracias, Ava Gardner. Gracias, directores de cine y productores, que nos ofrecieron su mejor versión, la de grandísima actriz y bellísima mujer. Gracias, séptimo arte.



Samuel
Martin-Boche



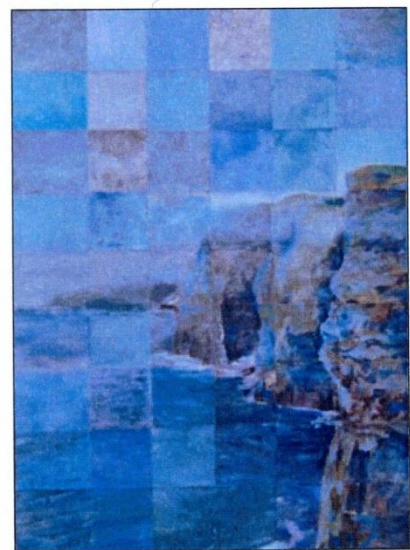
Texto y traducción de **Miguel Ángel Real**



nacido en 1977, **Samuel Martin-Boche** vive y trabaja en la ciudad de Nevers. Es autor de *La ballade de Ridgeway Street* (Polder 186, Décharge / Gros Textes, 2020). Desde 2017, su obra ha aparecido en una quincena de revistas de poesía, tanto digitales como en papel.

Samuel MARTIN-BOCHE

La ballade de Ridgeway Street



Polder 186



Mirages

Des hommes allaient parmi nos aînés, cargos
à la dérive dans d'inutiles nuits, les mains pleines
d'éternité. Dans chaque port l'imposture, nous errions
d'île en île (de la mer viennent écueils, tentations).
À leur traîne un sillon, verbe austère, rouille
et cuivre. Et qui aujourd'hui pour poursuivre
le chemin sur lui déjà se refermant ?

Espejismos

Los hombres iban entre nuestros mayores, cargueros
a la deriva en inútiles noches, con las manos llenas
de eternidad. En cada puerto la impostura, vagábamos
de isla en isla (del mar vienen arrecifes, tentaciones).
Tras ellos un surco, verbo austero, óxido
y cobre. ¿Y quién queda hoy para continuar
el camino que ya se va cerrando?

Les amis

Derrière les bocks et la fumée nous enfourchions
bais ou blonds les lourds chevaux
du souvenir, pendant une nuit sans reflet (celle
qui contient les larmes) et l'obscurité gagnait
à mesure que s'éclairaient les rires,
en épaisseur mais le présent c'est l'heure
qui sonne et le retour sur le pavé froid, dégrisés
et tout le chemin à faire en sens inverse.

Los amigos

Tras las cervezas y el humo cabalgábamos,
bayos o rubios los pesados caballos
del recuerdo, durante una noche sin reflejos (la que
contiene las lágrimas) y la oscuridad se hacía
-mientras se iluminaban las risas-
más espesa pero el presente ya suena
la hora y regresamos por la acera fría, sobrios
y con todo el camino de vuelta por delante.

Le représentant

Il va de porte en porte avec les souliers
lisses, il va, infatigable et le sourire toujours
à renaître, malgré la méfiance derrière le judas
(car l'accueil n'est souvent qu'une porte qui claque),
en costume sombre et dans sa sacoche elle attend,
précieuse marchandise, toute la panoplie
de la vie éternelle, c'est elle inlassablement
qu'il traîne, continuant sans jamais se décourager,
d'étage en étage, marche après marche il va
tous les jours, tous les jours de sa vie.

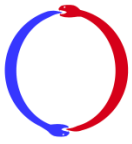


El representante

Va de puerta en puerta con sus zapatos
lisos, va, incansable y con la sonrisa siempre
por renacer, a pesar de la desconfianza tras la mirilla
(porque el recibimiento es a menudo sólo un portazo),
con un traje oscuro y en su cartera espera,
preciosa mercancía, todo el disfraz
de la vida eterna, la que él incansablemente
arrastra, continuando sin desanimarse nunca,
de piso en piso, paso tras paso va
cada día, cada día de su vida.



Palabras



Augusto Guedes

No soño das palabras
durmen as miñas maletas,
borrachas de lúas e papeis

A miña man escribe,
nada espida en mares brancos,
sangra liña a liña

No soño das palabras
hai ecos de maruxía
nos mencerer de novos camiños

Escribe e chora
chuvias que non viron o mar,
bágoas de silencio

No soño das palabras,
aloumiños nacarados de estrelas
xogan coas arañeiras.
A miña man escribe...

...E as palabras
durmen no seu berce
de soños asulagados.

...Tecerei novos camiños
no medio de longos ríos,
e xunto ao mar
aprenderé o teu nome.

En el sueño de las palabras
duermen mis maletas,
borrachas de lunas y papeles

Mi mano escribe,
nada desnuda en mares blancos,
sangra línea a línea

En el sueño de las palabras
hay ecos de marejada
en los amaneceres de nuevos caminos

Escribe y llora
lluvias que no vieron el mar,
lágrimas de silencio

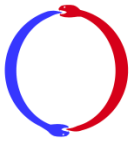
En el sueño de las palabras,
caricias nacaradas de estrellas
juegan con las telarañas.
Mi mano escribe...

...Y las palabras
duermen en su cuna
de sueños sumergidos.

...Tejeré nuevos caminos
en medio de largos ríos,
y junto al mar
aprenderé tu nombre.

A favor y en contra...





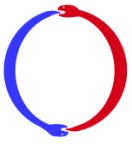
Encarnación Sánchez Arenas

Nos dice Luis Buñuel en su capítulo “A favor y en contra” de su libro *El último suspiro*, que en la época del surrealismo era costumbre entre los escritores decidir acerca del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de lo bello y de lo feo. Es decir, se trata de abordar cierto número de aversiones y simpatías, tal y como nos indicó Graciela Baquero en el curso sobre relatos de la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Pontevedra. Nos decía Graciela que cuando al escritor se le quedase la mente en blanco acudiese, entre otras fuentes de inspiración, al “me gusta, no me gusta” de Buñuel y los textos sobre “instrucciones para...”, que toman su ejemplo en el libro de Cortázar *Historias de cronopios y de famas*.

Defiendo el papel de las mujeres en las epístolas de Pablo de Tarso. El pensamiento del apóstol mostró, además, en qué sentido superó la distinción de los sexos, que para él quedó

abolida, de la misma forma que las divisiones de orden racial o social: «Ya no hay varón ni mujer, todos sois uno en Cristo Jesús» (Epístola a los gálatas 3, 28). Por su parte, rechazo las palabras de sectores reaccionarios de la sociedad cuando admiten que «la mujer es una burra tozuda, un gusano terrible en el corazón del hombre, hija de la mentira, centinela del infierno, es la responsable de haber expulsado a Adán del Paraíso».

Me gusta Platón porque ideó el Mito de la Caverna. La primera parte describe la vida en el interior de la caverna. En ella habitan los prisioneros, cuya única ocupación es contemplar el fondo de la estancia; al estar encadenados no pueden mirar hacia otro lado, solo hacia esa pared. Dentro de la caverna hay una fogata encendida y, gracias a la luz del fuego, en la pared se proyectan sombras, que reflejan lo que existe en su mundo; es decir, esas sombras representan su realidad, son la realidad para ellos. La liberación de los prisioneros comienza una vez se les permite darse la vuelta y mirar hacia el fuego, en vez de mirar hacia las sombras proyectadas en la pared. Entonces, iluminados por su luz, ven una nueva realidad, más profunda y completa donde radica la causa de la primera, compuesta solo de apariencias sensibles. Después, se desencadena a un prisionero y se le permite salir de la caverna y, una vez fuera, ve la realidad exterior: hombres, lagos, árboles... Este es el mundo inteligible. Y ve el sol y su luz, que encarna la idea del Bien. Conocido el mundo exterior, el hombre siente el deber moral de rescatar de las sombras a sus compañeros, que están presos dentro de la cueva. El expresidente desciende de nuevo hasta el interior de la caverna para liberar al resto de los prisioneros..., pero se encuentra con su incompreensión. No han visto el mundo exterior y no comprenden lo que les explica. Sacar a las personas del mundo de las sombras en el que viven es una realidad tangible que me atrae mucho.



No estoy de acuerdo con el mundo sensible de Aristóteles. En el cuadro de Rafael *La escuela de Atenas*, Platón señala hacia arriba. Con el dedo apunta al lugar donde, en su opinión, reside el mundo verdadero, el de las ideas. Para Aristóteles, el mundo verdadero es el sensible, y la esencia de las cosas no reside en un mundo separado, sino en ellas mismas, en su materia y su forma. Por ello, en el mismo cuadro, él señala hacia abajo.

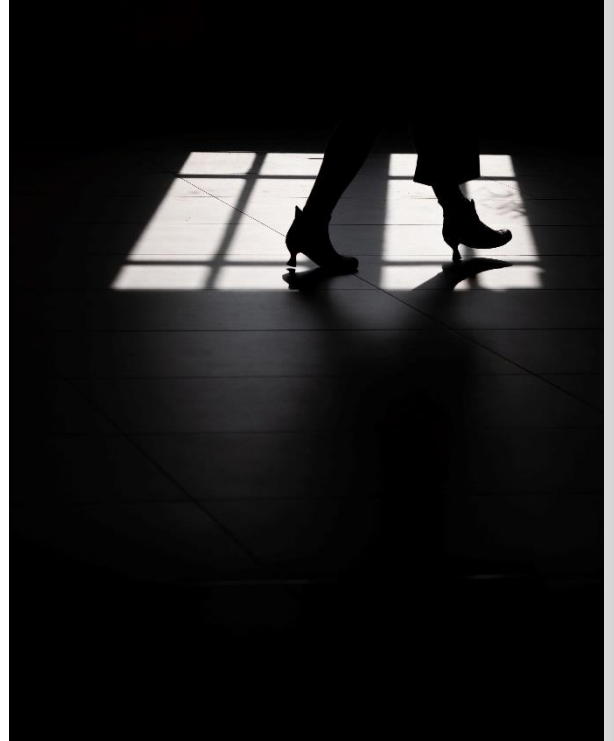
Me gustan "las instrucciones para el miedo" que Julio Cortázar expone en *Historias de cronopios y de famas*, por lo que conjugué mi miedo de la siguiente manera, todos temen los aullidos de un perro de madrugada porque vaticinan la muerte eminente de alguien. Anoche aulló un perro, pero se quejaba a la par de los quejidos de dolor por el reuma de su dueño. ¿Está eminente la muerte? No, no, es la enfermedad crónica que todavía reta a lo perecedero, a lo oxidante de nuestras células.

Existe un miedo a conducir, a no calcular correctamente los espacios entre los coches cuando paran todos juntos ante un semáforo, a despistarnos con los pasos de cebra.

Existe un miedo a las alturas, cuando el ascensor sube de la cuarta planta el ritmo de mi corazón se acelera. Hoy no me he asomado a la octava planta porque tengo miedo a caer en el vacío. Me espantan los supuestos niños pequeños o mis hijos en un balcón de una sexta planta, todo está enrejado al exterior. Por vivir de hipotecas en el aire, pagamos las rejas de acero inoxidable que no se oxiden con el contacto de la atmósfera en las alturas. ¡Qué susto! La pelota rompió el cristal de la ventana, pero no pudo saltar al exterior. ¿Pueden jugar los niños en pisos que quedan suspendidos en el aire?

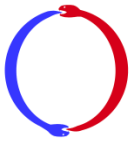
Tengo miedo a la noche. El armario de mi dormitorio cruje como si tuviese polillas en su madera. Los tacones de mi vecina sobre el techo

me confunden a la hora de interpretarlos como ruidos de un supuesto ladrón que fuerza la puerta de mi piso. ¿Estoy sola ante estos ruidos...?





Espuma de mar



Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer en detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo o raza, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

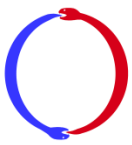
Novela

El aragonés **Manuel Vilas** (19/7/1962) es el último ganador del Premio Nadal, el premio de novela más antiguo de España, organizado por una de las editoriales del Grupo Planeta y dotado de una cuantía de 30 000 euros. La novela ganadora, *Nosotros*, sucede a *Las formas del querer* de Inés Martín Rodrigo, que fue la triunfadora de la pasada edición. El premio, fallado por un jurado formado por los escritores Alicia Giménez Bartlett, Care Santos, Lorenzo Silva, Andrés Trapiello y Emili Rosales, ha elegido la novela protagonizada por una mujer, titulada inicialmente como *La enamorada del viento* y presentada bajo el pseudónimo Emily Watson. Saldrá el próximo día 1 de febrero con el nuevo título, bajo el sello de la editorial Destino, convocante del premio.

Manuel Vilas había sido recientemente finalista del Premio Planeta de novela, momento en el cual abandonó su sello habitual en novela, Alfaguara, del grupo rival. Autor de poesía, novela y literatura de no ficción, este autor ha recibido un buen número de galardones a lo largo de su trayectoria, entre los que cabe destacar el Premio Pedro



Saputo de las Letras Aragonesas (2002) por el libro de cuentos *Zeta*, el Premio Jaime Gil de Biedma (2005) de poesía por el libro de poemas *Resurrección*, el Premio Fray Luis de León de Poesía (2008) por el libro de poemas *Calor*, el Premio Cálamo Libro del año (2009) por la novela *Aire Nuestro*, el Premio Ciudad de Melilla (2012) por el libro de poemas *Gran Vilas*, el Primer Premio “Antonio Machado” de Poesía (2013) por el poema “Creo”, el Premio Generación del 27 (2014) por el libro de poemas *El hundimiento*, el Premio Llanes de Viajes (2015), el Premio de las Letras Aragonesas 2015 y el Premio Femina Etranger (2019) por *Ordesa*, quizá su obra más representativa.

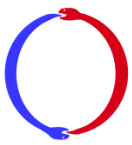


La misma editorial Destino falló, junto con el Premio Nadal, el Premi Josep Pla en su edición número 55, destinado a las obras de narrativa escritas en catalán, sin limitación de género literario, puesto que se admite novela, cuento, relato, memorias, biografía, diario... En la edición de este año, ha resultado ganadora la novela de la periodista **Gemma Venturá i Farré** (5/11/1990) *La llei de l'hivern* (*La ley del invierno*). La autora, debutante en novela, tiene una importante actividad en la revista cultural *Catorze*.

NOVELA		Convocatorias de concursos que se cierran en febrero de 2023		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Premio Hispania de novela histórica	14	≥ 200	Ediciones Áltera (España)	1 000
Certamen Calíope	24	≥ 125	Editorial Malas Artes (España)	1 200
Cáceres	27	100 a 130	Diputación Provincial de Cáceres (España)	9 000

Relato corto y cuento

RELATO CORTO I		Convocatorias de concursos que se cierran en febrero de 2023		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Hispanic Culture Review	1	3 000 palabras	Hispanic Culture Review (Estados Unidos)	93
Mi semana santa	2	≤ 10	Real, Inmemorial e Ilustre Cofradía del Santo Entierro de Cristo, Nuestra Señora de los Dolores en su Soledad, Santísima Virgen de las Angustias y Santa Vera Cruz (España)	1 000
Librería Delfos	3	≤ 10	Librería Delfos (España)	600
Lenteja de oro de la Armuña	4	≤ 10	Ayuntamiento de Parada de Rubiales (España)	1 000
Antonia Ruiz Bujalance "La Zagalla"	5	6 a 15	Asamblea Local de IULV-CA de Doña Mencía (España)	200
Villa de Iniesta	6	≤ 10	Ayuntamiento de Iniesta	850
Villa de Torrecampo	6	≤ 20	Ayuntamiento de Torrecampo, la Diputación Provincial de Córdoba, la Asociación Benéfico Sociocultural y Deportiva PRASA y la Hermandad de Ntra. Sra. de las Veredas (España)	3 000
Fundación El Libro	10	250 000 a 450 000 caracteres	Fundación El Libro (Argentina)	6 290
Aguanaj	12	150 a 800 palabras	Asociación Cultural "Aguanaj" (España)	200
Relatos radiofónico	13	-	Teua Ràdio (España)	200
Hellín dos patrimonios o +	16	≤ 10	Ayuntamiento de Hellín (España)	700
Asociacion Cultural C.B. Torrevellilla"	26	3 a 6	Asociación C.B. Torrevellilla (España)	300



RELATO CORTO II

Convocatorias de concursos que se cierran en febrero de 2023

Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Ciudad de Coria	27	80 a 100	Diputación Provincial de Cáceres (España)	3000
"Álvarez tendero" - "Arjona" de relato breve	28	6 a 8	Ayuntamiento de Arjona (España)	2000
Elena Soriano	28	≤ 15	Ayuntamiento de Suances (España)	3000
De la imagen al texto	28	≤ 175	IES López de Arenas (España)	200
Villa de Mazarrón	28	-	Ayuntamiento de Mazarrón y la Universidad Popular de Mazarrón (España)	5000

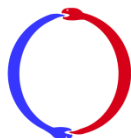
Poesía

El pasado mes de diciembre, con la edición del número correspondiente de *Oceanum* ya cerrada, se fallaba el Premio Adonais de poesía, organizado por la Editorial Rialp, en su convocatoria de 2022. La obra ganadora resultó ser *Victoria menor*, de **Luis Escavy** (Murcia, 1994), poeta que había sido finalista del XVII Premio Internacional de Poesía Dionisia García y de una anterior edición, la que hacía el número 74 del propio Premio Adonáis. La obra ha sido elegida, en palabras textuales del jurado “por su sentido del ritmo, su respeto a los maestros y a su rechazo tanto de cualquier desgarro formal como de toda floritura innecesaria, desarrollado en un cancionero amoroso con timbres trascendentes”.

Han recibido un accésit las obras de la también murciana **Lola Tórtola** (1997) por *Los dioses destruidos* y la toledana **Irene Domínguez** (1996) por la obra *Pureza*.



También han resultado finalistas de esta edición las obras *Antología de la retaguardia* (Marta Romero), *El color de la huida* (Patricia Úbeda), *Aquiles en Oporto* (Alicia Sánchez), *Exitus* (Begoña M. Rueda), *Los días discretos* (Víctor Bayona), *Árbol axial* (Román López-Cabrera), *Otros sabrán de mí* (Marina Casado), *De Revolutionibus* (María Esteban), *Gloria o derroche* (Almudena Molina), *La lejanía de nuestros cuerpos* (Gudrun Palomino), *Miro a la gente mirar cuadros* (Manuel Sueiro) e *Íntima lejanía* (Álvaro Carbonell).



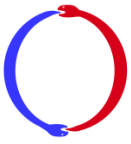
POESÍA		Convocatorias de concursos que se cierran en febrero de 2023		
Premio	Fecha	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]
Villa de Iniesta	6	50 a 100	Ayuntamiento de Iniesta (España)	850
Rima Jotabé	15	-	Real Orden Poético-Literaria Juan Benito (España)	100
Ángel García López	15	14 a 50	Ayuntamiento de Rota (España)	2 400
Hellín dos patrimonios o +	16	≤ 50	Ayuntamiento de Hellín (España)	700
Flor de jara	27	≥ 500	Diputación Provincial de Cáceres (España)	6 000
Canciones de la UNED	28	≤ 70	UNED y Proyecto +PoeMAS (España)	1 000

No ficción (ensayo, crónica, investigación y biografía)

NO FICCIÓN		Convocatorias de concursos que se cierran en febrero de 2023		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Hispanic Culture Review	1	3 000 palabras	Hispanic Culture Review (Estados Unidos)	93
Biografía empresarial	27	60 000 a 120 000 palabras	LID Editorial (España)	3 000

Otros géneros literarios

Convocatorias de concursos que se cierran en febrero de 2023				
EPISTOLAR				
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Literatura epistolar amorosa de Calamocha	17	≤ 2	Ayuntamiento de Calamocha (España)	500
CÓMIC E ILUSTRACIÓN				
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Álbum ilustrado Apila primera impresión	16	≤ 40	Editorial Apila Ediciones (España)	4 000



Crucigrama

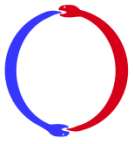
por Goyo

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1						■					
2						■					
3				■				■			
4			■						■		
5					■						
6	■	■	■			■				■	■
7							■				
8			■						■		
9				■				■			
10						■					
11						■					

Solución

HORIZONTALES. **1** Francis, filósofo inglés del siglo XVI. Esposa de Shrek. **2** El reino de Ulises. Welles, prestigioso cineasta. **3** Hijos de Jacob en las dos siguientes. En cierto sentido y poéticamente, diosa. **4** Franja horaria. Joyce, autor de *Ulises*. Nota musical. **5** Muñoz, el autor de *La venganza de Don Mendo*. Autor de *Corazón*. **6** Casi una enfermedad respiratoria. Dueño. **7** Autor portugués de *Os Lusíadas*. Diosa egipcia. **8** Sonido del universo para el hinduismo. Prestigioso premio que comprende muchas actividades. Nombre de consonante. **9** Al revés, nada, para los catalanes. Norma, regla. La mitad de colocar, poner. **10** Victoria, protagonista de *Amantes*. Polanski, director de *El pianista*. **11** Nativo de una isla del Mediterráneo. Preposición.

VERTICALES. **1** Luna, cineasta de *Jamón, jamón*. Objetos. **2** Película de Almodóvar. Un organismo unicelular. **3** Con las dos siguientes, sistema de diseño y fabricación asistido por computador. Consonantes repetidas y recalcitrantes. **4** Lengua romance. El héroe de *Los Argonautas*. 499, en la antigua Roma. **5** La cotidiana, novela de Zoe Valdés. Parte importante y central de un asunto. **6** La dueña. Al revés, sistema electrónico de frenado (siglas inglesas). **7** Unidad fonológica. Pilar, autora de *Un perfecto caballero*. **8** Acudir. Parecido. Encendido. **9** Constelación. Función matemática, siglas. Consonantes de añádet. **10** De sur a norte, parte del intestino. Bollain, directora de *Te doy mis ojos*. **11** Angarillas, parihuelas. De alguna manera, cosas.



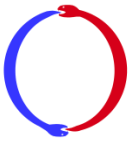
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60

Solución

<u>7</u>	<u>55</u>	<u>38</u>	<u>12</u>	<u>52</u>	<u>27</u>	<u>57</u>	<u>1</u>	<u>47</u>	Militar popular
<u>4</u>	<u>54</u>	<u>13</u>	<u>23</u>	<u>16</u>	<u>41</u>	<u>53</u>			Casilla
<u>50</u>	<u>37</u>	<u>44</u>	<u>51</u>	<u>48</u>	<u>18</u>	<u>32</u>			Castigo, venganza
<u>45</u>	<u>5</u>	<u>56</u>	<u>35</u>	<u>40</u>	<u>17</u>	<u>42</u>			Espada afilada solo en la punta
<u>9</u>	<u>19</u>	<u>22</u>	<u>30</u>	<u>20</u>					Esperma
<u>26</u>	<u>24</u>								El más alto tribunal patrio
<u>11</u>	<u>28</u>	<u>34</u>	<u>14</u>						Cérvido de tiro
<u>8</u>	<u>46</u>	<u>33</u>	<u>2</u>	<u>29</u>					Ion con carga negativa

Texto: refrán español

Clave, primera columna de definiciones: guiso de verduras variadas



COSER y hablar

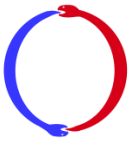
El proyecto COSER (Corpus Oral y Sonoro del Español Rural) es una propuesta iniciada por Inés Fernández-Ordóñez en 1990 y que, en el presente supone que equipos de expertos recorran las provincias españolas para entrevistar a personas mayores en sus contextos —en sus pueblos— y recoger sus tradiciones lingüísticas y sus formas de hablar, formas que, a menudo, son consideradas incorrectas por los estándares de nuestro idioma y suponen para quien las utiliza, la consideración de persona inculta o paleta, sin reducir nada de la carga peyorativa de este último término.

Usando el proyecto COSER como hilo conductor, el libro *Como dicen en mi pueblo*, del que figuran como autores un total de doce investigadores, explora las variaciones de términos y usos respecto de la ortodoxia lingüística definida por la Real Academia Española y trata de recomponer la historia evolutiva que condujo a los términos actuales —los aceptados y los “rurales”— a partir de las diversas fuentes etimológicas, hasta dejar claro que lo aceptado y lo rechazado fue solo una cuestión bastante azarosa y que bien pudieron haberse invertido las tornas. No falta, por supuesto, el análisis del leísmo, laísmo y loísmo desde este punto de vista, para concluir que no se trata de un uso incorrecto, sino simplemente de una tendencia con raíces geográficas.

Si bien es cierto que todos los idiomas evolucionan y que el camino elegido como “correcto” u oficialista pudo ser cualquiera, sobre todo en los momentos en los que se desgajaba de la raíz original, no es menos cierto que la primera razón de un idioma es establecer un canal de comunicación entre personas y que solo cuando emisor y receptor trabajan con un mismo conjunto de códigos y vocablos se puede garantizar la transmisión de la información. Desde este punto de vista, toda variación no aceptada, lejos de constituir riqueza, solo contribuye a incrementar el ruido y a dificultar la comunicación. Otro asunto muy diferente es la curiosidad investigadora, asunto que los autores confunden en un refrito en el que parece que “todo vale” siempre que alguien sea capaz de utilizarlo.

La ventaja de disponer de un órgano regulador del idioma y que establezca criterios generales —aunque alguna vez parezcan verdaderas barbaridades— es que ayuda a construir una herramienta eficaz y precisa para la transmisión de la información. Los efectos de dar validez a variaciones que solo son morfológicas, que no aportan otros significados ni aumentan la precisión de un término o vocablo concreto van contra los principios básicos de la comunicación.





Antes del establecimiento de la RAE, en el terreno crecían todo tipo de expresiones sin orden ni concierto. Como ejemplo, se puede considerar el siguiente texto. Es la transcripción literal de una carta manuscrita de Luis de la Cerda enviada a los Reyes Católicos tras el regreso de Colón de su primer viaje y en el que, traducido al lenguaje actual, viene a preguntar qué hay de lo mío:

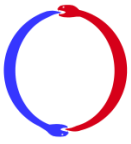
Reverendísimo Señor. No sé si sabe Vuestra Señoría cómo yo tove en mi casa mucho tiempo a Cristóbal Colomo, que se venía de Portugal y se quería ir al Rey de Francia para que emprendiese de ir a buscar las Indias con su favor y ayuda; e yo lo quisiera provar y **enbiar** desde el Puerto, que tenía buen aparejo con tres o cuatro **carabelas**, que no me demandava más; pero como vi que hera esta empresa para la Reina, Nuestra Señora, escrevilo a Su Alteza desde Rota y respondiome que gelo **enviase**. Y yo gelo **embié** entonçes y supliqué a Su Alteza, pues yo no lo quise tentar y lo adereçava para su serviçio, que me mandase **hazer** merced y parte en ello, y que el cargo y descargo d'este negoçio fuese en el Puerto. Su Alteza lo reçibió y lo dio en cargo a Alonso de Quintanilla; el cual me escrivió de su parte que no tenía este negoçio por muy çierto, pero que, si se acertase, que Su Alteza me haría merced y daría parte en ello; y después de averle bien esaminado, acordó de **enviarle** a buscar las Indias. Puede aver ocho meses que partió y agora él es venido de buelta a Lisbona y ha hallado todo lo que buscava y muy complidamente, lo cual luego yo supe; y por **facer** saber tan buena nueva a Su Alteza, gelo escrivo con Xuares y le **enbió** a suplicar me haga merced que yo pueda **enviar** en cada año allá algunas **caravelas** mías. Suplico a Vuestra Señoría me quiera ayudar en ello e gelo suplique de mi parte, pues a mi cabsa y por yo detenerle en mi casa dos años y averle endereçado a su serviçio se ha hallado tan grande cosa como ésta; y porque de todo informará mas largo Xuares a Vuestra Señoría, suplicole le crea. Guarde Nuestro Señor vuestra reverendísima persona como Vuestra Señoría desea.

De la mi villa de Cogolludo, a XIX de março (1493)

Las manos de Vuestra Señoría besamos. LUIS (DE LA CERDA)

Obsérvese que, en un mismo texto, escrito de una misma mano, el verbo “enviar” aparece con tres formas diferentes en las seis ocasiones que aparece, mientras que el término “carabela” aparece de dos formas diferentes, una con “b” y la otra con “v”. También “hacer” aparece como “facer” y “hazer” y el verbo “haber” se conjuga con “h”, mientras que, en infinitivo la ha perdido (“aver”). Al tratarse de un escrito con destino a los monarcas y que parte de, nada menos, que el Duque de Medinaceli, hay que suponer que no tendría una escritura descuidada. Aun así, la ausencia de organismo regulador de la lengua —la carta está fechada en 1493, más de dos siglos antes de la RAE— se traduce en el manejo caótico de variaciones morfológicas para un mismo significado.

Solo cabe esperar que el libro *Como dicen en mi pueblo* sea interpretado como lo que es, el fruto de la curiosidad investigadora y no como un salvoconducto para reconocer como válidas formas y usos, fruto simple de la falta de acceso de quien lo habla a la educación a la que tendría derecho (no se trata de denigrar a quien, además, ha padecido en sus propias carnes el tradicional olvido del mundo rural). Pero tratar de normalizar el uso de expresiones incorrectos incrementa el riesgo de que la desafortunada portada termine por hacerse realidad.



Novedades de la RAE

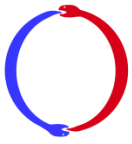
Terminó 2022 y la RAE nos regaló algunos cambios en la revisión correspondiente de su diccionario. La versión 23.6 del *Diccionario de la lengua española* incluye un total de 3152 modificaciones, con la inclusión de nuevos artículos, nuevas acepciones y enmiendas. Esta nueva revisión se queda en el mundo electrónico, puesto que solo aparecerá en esa versión, un paso más en el camino a la vigésimo cuarta edición en papel que se prepara para 2026, cuando la institución cumpla su tercer centenario.

Lo que siempre llama más la atención del público son las nuevas palabras incorporadas a la oficialidad, entre las que cabe citar algunas de uso coloquial como “copiota” o “gusa”, junto con otras de diversos ámbitos, sobre todo, aquellas que recogen las nuevas realidades científicas, tecnológicas y sociales. Así aparecen “videojugador”, “puntocom”, “macrodatos”, “monodosis”, “hiperinmune”, “micromecenazgo”, “microplásticos”, “micro-machismos”, “conspiranoico”, “ruralizar”, junto con expresiones que no son nuevas, pero que ahora sí están admitidas como “minería de datos”, “vida útil” y, como no, algo que todo el mundo habrá sufrido en sus aparatos electrónicos, la “obsolescencia programada”.

En lo que se refiere a la gastronomía, el nuevo diccionario nos proporciona una curiosa sorpresa: “compango” no figuraba como término oficial, a pesar de que llevaba muchos decenios proporcionando el contrapunto de sabor cárnico y ahumado a la fabada (y a otros cocidos). Esta “imperdonable” carencia —no olvidemos que *Oceanum* se edita en Asturias— ha sido felizmente subsanada en la nueva versión, aunque la ausencia de oficialidad lingüística jamás supuso inconveniente alguno para degustar el plato. En el mismo terreno se normaliza el uso de “panetone” y “panetón”, a la vez que se da entrada al “sancocho” como guiso canario.

Tampoco faltan algunos cambios en las definiciones de términos como “discapacidad” y “racismo”, para adaptarlos a la realidad social presente. Mención aparte merecen las aportaciones del recientemente fallecido Javier Marías que adquieren un carácter especial: son “traslaticio”, con la acepción “perteneciente o relativo a la traducción”, un oficio que él desempeñaba con orgullo; “hagioscopio” y “sobrevenido”.

Y, para no hacer más larga la lista de cambios, dejamos a la curiosidad del lector echar un vistazo a las novedades más relevantes; siga [este enlace](#) que nos proporciona la propia RAE: [resumen de novedades DLE](#).



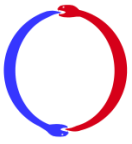
Obituario

La primera mujer que presidió la Academia Brasileira de Letras fue **Nélida Piñón** (3/5/1937-17/12/2022), una de las mejores escritoras de la lengua portuguesa, que supo conjugar oportunamente sus orígenes españoles (de Galicia) con su presente brasileño, aspectos estos de la relación trasatlántica que están presentes en su obra. Esta, que se inició en 1961 con *Guia-mapa de Gabriel Arcanjo* y que adquirió una considerable extensión, fue reconocida con multitud de premios y galardones, entre los que cabe destacar el Prêmio Walmap de Literatura (1970) por *Fundador*, el Troféu APCA a la mejor prosa de ficción (1973) por *A casa da paixão* —premio que repetiría en 1985 con *A república dos sonhos*—, el Prêmio PEN Clube do Brasil (1985), el Prêmio José Geraldo Vieira (1987) a la mejor novela del año por *A doce canção de Caetana*, el Prêmio Simon Daro Dawidowicz (1992), el Prêmio Alejandro José Cabassa (1994) por *O pão de cada dia: fragmentos*, el Prêmio Adolpho Bloch (1996), el Premio Internacional Menéndez Pelayo (2003), el Premio Puterbaugh Fellow (2004), el Prêmio Jabuti al libro del año de ficción (2005) por *Vozes do deserto*, el Premio Internacional Terenci Moix al libro del año de ficción (2010) por *Coração andarilho*, el Premio Casa de las Américas (2010) por *Aprendiz de Homero* y el Premio El Ojo Crítico (2014). Su obra, como conjunto también fue premiada con el Golfinho de Ouro (1990), el Bienal Nestlé de Literatura Brasileira (1991) el de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo (1995), el Iberoamericano de Narrativa Jorge Isaacs (2001), el Rosalía de Castro (2002) y el Vergílio Ferreira (2018).



Fay Weldon (22/9/1931-4/1/2023) fue una escritora inglesa de amplio espectro, identificada con el feminismo y capaz de producir desde novelas hasta guiones de televisión, sin olvidar otras facetas como la de ensayista o publicista. Entre su copiosa producción en todas las facetas, destacan algunas obras por encima de las demás, como *Puffball* (1980), *The life and loves of a she-devil* (Hodder & Stoughton, 1983), *The Cloning of Joanna May* (HarperCollins, 1989), *Wicked Women* (HarperCollins, 1995) o *The Bulgari Connection* (Atlantic Monthly Press, 2000), con una variada temática e incursión en diversos subgéneros. Entre los premios recibidos a lo largo de su carrera, podemos destacar el Writers' Guild Award por el episodio piloto de televisión del programa *Upstairs downstairs* (1973), la nominación al Booker Prize



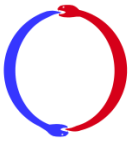


de 1979 por *Praxis*, el Los Angeles Times Fiction Prize de 1989 por *The Heart of the Country*, el PEN/Macmillan Silver Pen Award de 1996 por *Wicked women*. También en el capítulo de premios, aunque en otra faceta, cabe destacar la controversia que tuvo con el megae-gocéntrico Salman Rushdie cuando, siendo Fay Weldon jurado de los Booker, no eligió su obra para el galardón.

Memorias de un pavo

(cuento)

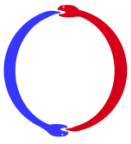




Gustavo Adolfo Bécquer

No hace mucho que, invitado a comer en casa de un amigo, después que sirvieron otros platos confortables, hizo su entrada triunfal el clásico pavo, de rigor durante las Pascuas en toda mesa que se respeta un poco y que tiene en algo las antiguas tradiciones y las costumbres de nuestro país.

Ninguno de los presentes al convite, incluso el anfitrión, éramos muy fuertes en el arte de trinchar, razón por la que mentalmente todos debimos coincidir en el elogio del uso últimamente establecido de servir las aves trinchadas. Pero como sea por respeto al rigorismo de la ceremonia que en estas solemnidades y para dar a conocer, sin que quede género alguno de duda, que el pavo es pavo, parece exigir que este salga a la liza en una pieza; sea por un involuntario olvido o por otra causa que no es del caso averiguar, el animalito en cuestión estaba allí íntegro y pidiendo a voces un cuchillo que lo destrozase; me decidí a hacerlo, y poniendo mi esperanza en Dios y mi memoria en el Compendio de Urbanidad que estudié en el colegio donde, entre otras cosas no menos útiles, me enseñaron algo de este difícil arte, empuñé el trinchante en la una mano, blandí el acero con la otra y a salga lo que saliere, le tiré un golpe furibundo.



El cuchillo penetró hasta las más recónditas regiones del ya implume bípedo, mas juzguen mis lectores cuál no sería mi sorpresa al notar que la hoja tropezaba en aquellas interioridades con un cuerpo extraño.

—¿Qué diantre tiene este animal en el cuerpo? —exclamé con un gesto de asombro e interrogando con la vista al dueño de la casa.

—¿Qué ha de tener? —me contestó mi amigo con la mayor naturalidad del mundo—, que está relleno.

—¿Relleno, de qué? —proseguí yo, pugnando por descubrir la causa de mi estupefacción—; por lo visto, deben de ser de papeles, pues a juzgar por lo que se resiste y el ruido especial que produce lo que se toca con el cuchillo, este animal trae un protocolo en el buche.

Los circunstantes rieron a mandíbula batiente mi observación.

Sintiéndome picado de la incredulidad de mis amigos, me apresuré a abrir en canal el pavo, y cuando lo hube conseguido, no sin grandes esfuerzos, dije en son de triunfo, como el Salvador a Santo Tomás:

—Ved y creed.

Había llegado el caso de que los demás participasen de mi asombro. Separadas a uno y otro lado las dos porciones carnosas de la pechuga del ave y rota la armazón de huesos y cartílagos que la sostenían, todos pudimos ver un rollo de papeles ocupando el lugar donde antes se encontraron las entrañas y donde entonces teníamos, hasta cierto punto, derecho a esperar que se encontrase un relleno un poco más gustoso y digerible.

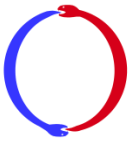
El dueño, de la casa frunció el entrecejo. La broma, caso de serlo, no podía venir sino de la parte de la cocinera, y para broma de abajo a arriba, preciso era confesar que pasaba de castaño oscuro.

El resto de los circunstantes exclamaron a coro, pasado el primer momento de estupefacción, que lo fue asimismo de silencio profundo:

—Veamos, veamos qué dice en esos papeles.

Los papeles, en efecto, estaban escritos.

Yo, aun a riesgo de mancharme los dedos, pues estaban bastante grasientos, los extraje del sitio en que se encontraban, y aproximándome a la luz de una bujía, pude descifrar este manuscrito que hasta hoy he conservado inédito:



Impresiones, notas sueltas, y pensamientos filosóficos de un pavo, destinados a utilizarse en la redacción de sus memorias

Ignoro quiénes fueron mis padres, el sitio en que nací y la misión que estoy llamado a realizar en este mundo. No sé, por lo tanto, de dónde vengo ni a dónde voy.

Para mí no existe pasado ni porvenir; de lo que fue no me acuerdo; de lo que será no me preocupo. Mi existencia, reducida al momento presente, flota en el océano de las cosas creadas, como uno de esos átomos luminosos que nadan en el rayo de sol.

Sin que yo, por mi parte, lo haya solicitado, ni poder explicarme por dónde me ha venido, me he encontrado con la vida; y como suele decirse que, a caballo regalado no hay que mirarle el diente, sin discutirla, sin analizarla, me limito a sacar de ella el mejor partido posible.

Porque la verdad es que en los templados días de primavera, cuando la cabeza se llena de sueños y el corazón de deseos, cuando el sol parece más brillante y el cielo más azul y más profundo, cuando el aire perezoso y tibio vaga a nuestro alrededor cargado de perfumes y de notas de armonías lejanas, cuando se bebe en la atmósfera un dulce y sutil fluido que circula con la sangre y aligera su curso, se siente un no sé qué de diáfano y agradable en uno mismo y en cuanto le rodea, que no se puede menos de confesar que la vida no es del todo mala.

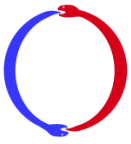
La mía, a lo menos, es bastante aceptable. En clase de pavo, se entiende.

Aún no clarea la mañana, cuando un gallo, compañero de corral, me anuncia que es la hora de salir al campo a procurarme la comida.

Entreabro los soñolientos ojos, sacudo las plumas y héteme aquí calzado y vestido.

Los primeros rayos del sol bajan resbalando por la falda de los montes, doran el humo que sube, en azuladas espirales, de las rojas chimeneas del lugar, abrillantan las gotas de rocío escondidas entre el césped y relucen con un inquieto punto de luz en los pequeños cascotes de vidrio y loza, de platos y pucheros rotos que, diseminados acá y allá, en el montón de estiércol y basuras a que se dirigen mis pasos, fingen, a la distancia, una brillante constelación de estrellas.

Allí, ora distraído en la persecución de un insecto que huye, se esconde y retorna a aparecer; ora revolviendo con el pico la tierra húmeda, entre cuyos terrones aparece de cuando en cuando una apetitosa simiente, dejo transcurrir todo el espacio de tiempo que media entre el alba y la tarde. Cuando llega



ésta, un manso ruidito de aguas corrientes me llama al borde del arroyo próximo, donde, al compás de la música del aire, del agua y de las hojas de los álamos, abriendo el abanico de mis oscuras plumas, hago cada idilio a la inocente pava, señora de mis pensamientos, que causarían envidia a poderlos comprender; no digo a los rústicos gañanes que frecuentan estos contornos, sino a los más pulidos pastores de la propia Galatea.

Tal es mi vida: hoy, como ayer; probablemente, mañana como hoy.

Repetid esta página tantas veces como días tiene el año, y tendréis una exacta idea de la primera parte de mi historia.

La inalterable serenidad de mi vida se ha turbado, como el agua de una charca a la que arrojan una piedra.

Una desconocida inquietud se ha apoderado de mi espíritu y ya va de dos veces que me sorprende pensando.

Este exceso de actividad de las facultades mentales, es causa de una gran perturbación en mi economía orgánica: apenas duermo once horas y ya se me indigestó el hueso de un albaricoque.

Yo creí que no habría nada más allá de esas montañas que limitan el horizonte de la aldea. No obstante, he oído decir que vamos a la corte, y que, para llegar hasta allí, salvaremos esas altísimas barreras de granito que yo creía el límite del mundo. ¡La corte! ¿Cómo será la corte? Pronto saldré de dudas.

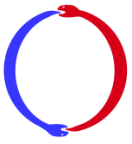


Escribo estas líneas en el corral donde me recojo a dormir y aprovechando la última luz del crepúsculo de la tarde. Mañana partimos. Un poco precipitada me parece la marcha. Por fortuna, el arreglo del equipaje no me ha de entretener mucho.

Me he detenido en lo más alto de la cumbre que domina el valle donde viví, para contemplar por última vez las bardas del corral paterno. ¡Con cuánta verdad podría llamarse a estas peñas, desde donde envió un postrer adiós a lo que fue mi reino, el suspiro del pavo!

Desde aquí veo la llanura teatro de mis cacerías. Más allá, corre el arroyo que, al par que apagaba mi sed, me ofrecía limpio espejo donde contemplar mi hermosura. Allí vive mi pava; junto a aquel árbol la vi por primera vez. ¡Al pie de ese otro la declaré mi amor!





Las lágrimas me obscurecen la vista y lloro a moco tendido, en toda la extensión de la frase. ¡Parece que al alejarme de estos sitios se me arranca algo del fondo de las entrañas y, a mi pesar, se queda en ellos!

¿Será este extraño afán presentimiento de mi desventura? ¿Será...?

Un cañazo ha interrumpido el hilo de mis reflexiones en este instante. Hago aquí punto, de prisa y corriendo, para reunirme a la manada, no sea que se repita la insinuación.

Ya estamos en la corte. He necesitado que me lo digan y me lo repitan cien veces para creerlo. ¿Es esto Madrid? ¿Es este el paraíso que yo soñé en mi aldea? ¡Dios mío! ¡Qué desencanto tan horrible!

El sol llega trabajosamente al fondo de estas calles, cuyas casas parecen castillos; ni un mal jaramago crece entre las descarnadas juntas de los adoquines; aún no ha acabado de caer al suelo la cáscara de una naranja, el troncho de una col, el hueso de un albaricoque, cualquier cosa, en fin, que pueda utilizarse como alimento digerible, cuando ya ha desaparecido sin saber por dónde.

En cada calle hay un tropiezo, en cada esquina un peligro. Cuando no nos acosa un perro, amenaza aplastarnos un coche o nos arrima un puntillón un pillete.

La caña no se da punto de reposo. Noche y día la tenemos suspendida sobre la cabeza como una nueva espada de Damocles.

Yo no puedo seguir al azar el camino que mejor me parece, ni detenerme un momento para descansar de las fatigas de este interminable paseo. “¡Anda!”, me dice a cada instante nuestro guía, acompañando sus palabras con un cañazo. ¡Con cuánta más razón que al famoso judío de la leyenda, se me podría llamar a mí el pavo errante!

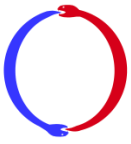
¿Cuándo terminará esta enfadosa y eterna peregrinación?

He perdido lo menos dos libras de carne. No obstante, a un caballero que se ha parado delante de la manada he conseguido llamarle la atención por gordo. ¡Si me hubiera conocido en mi país y en los días de mi felicidad!



Con esta va de tres veces que me coge por las patas y me mira y me remira, columpiándome en el aire, dejándome luego, para proseguir en el animado diálogo que sostiene con nuestro conductor.





Por cuarta vez me ha cogido en peso y, sin duda, ha debido distraerse con su conversación, pues me ha tenido cabeza abajo más de siete minutos. El capricho de este buen señor comienza a cargarme.

¿Es esto una pesadilla horrible? ¿Estoy dormido o despierto? ¿Qué pasa por mí?

Ya hace más de un cuarto de hora que trato de sobreponerme al estupor que me embarga y no acierto a conseguirlo.

Me encuentro como si despertara de un sueño angustioso... Y no hay duda. He dormido, o, mejor dicho, me he desmayado.

Tratemos de coordinar las ideas. Comienzo a recordar confusamente lo que me ha pasado. Después de mucha conversación entre nuestro guía y el desconocido personaje, este me entregó a otro hombre, que me agarró por las patas y se me cargó al hombro. Quise resistirme, quise gritar al ver que se alejaban mis compañeros; pero la indignación, el dolor y la incómoda postura en que me habían colocado ahogó la voz en mi garganta. Figuraos cuánto sufriría hasta perderlos de vista.

Luego me sentí llevado al través de muchas calles, hasta que comenzamos a subir unas empinadas escaleras que no parecían tener fin. A la mitad de esta escala, que podría compararse a la de Jacob, por lo larga, aun cuando no bajasen ni subiesen ángeles por ella, perdí el conocimiento.

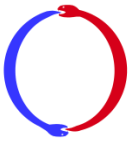
La sangre, agolpada a la cabeza, debió producirme un principio de congestión cerebral.



Al volver en mí me he hallado envuelto en tinieblas profundas. Poco a poco, mis ojos se van acostumbrando a distinguir los objetos en la oscuridad y he podido ver el sitio en que me encuentro.

Esto debe ser lo que en Madrid llaman una bohardilla. Trastos viejos, rollos de estera, pabellones de telaraña constituyen todo el mobiliario de esta tenebrosa estancia, por la que discurren a su sabor algunos ratones. Por el angosto tragaluz penetra en este instante un furtivo rayo de sol... ¡El sol, el campo, el aire libre! ¡Dios mío, qué tropel de ideas se agolpa en mi mente! ¿Dónde están aquellos días felices? ¿Dónde están aquellas...?

Me es imposible proseguir. Una harpía, turbando mis meditaciones, me ha metido catorce nueces en el buche. Catorce nueces con cáscaras y todo. Figuraos, por un momento, cuál será mi situación. ¡Y a esto le llaman en este país dar de comer!



¡Lasciati agni speranza!

Han pasado algunos días y se me ha revelado todo lo horrible de mi situación. He visto brillar con un fulgor siniestro el cuchillo que ha de segar mi garganta y he contemplado con terror la cazuela destinada a recibir mi sangre.

Ya oigo los tambores de los chiquillos, que redoblan, anunciando mi muerte. Mis plumas, estas hermosas plumas con que tantas veces he hecho el abanico, van a ser arrancadas, una a una, y esparcidas al viento como las cenizas de los más monstruosos animales.

Voy a tener por tumba un estómago y por epitafio, la décima en que pide los aguinaldos un sereno.

¿Se tu non piangi da che pianger suoli?

Cuando terminé la lectura de este extraño diario, todos estábamos enternecidos. La presencia de la víctima hacía más conmovedora la relación de sus desgracias.

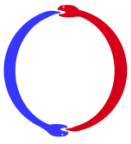
Pero... ¡Oh, fuerza de la necesidad y la costumbre!, transcurrido el primer momento de estupor y de silencio profundo, nos enjugamos con el pico de la servilleta la lágrima que temblaba suspendida en nuestros párpados y nos comimos el cadáver.

A dramatic sunset over a coastal landscape. In the foreground, a prominent, vertically-eroded cliffside (likely a sea stack or a cliff face) dominates the view, showing distinct vertical columns of rock. The cliff is partially covered with green vegetation at the top and bottom. The sea is calm, reflecting the colors of the sky. In the distance, a small island or headland is visible on the horizon. The sky is filled with soft, colorful clouds in shades of pink, purple, and orange, transitioning to a deep blue at the top. The overall mood is serene and majestic.

Nuevos horizontes

La sesión de todos los martes a las dos de la tarde (cuento)





Osvaldo Becker

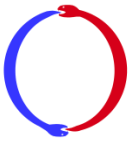
*So I never could tell where
Put your foot, your root,
I never could talk to you.*

Sylvia Plath

—¿Está seguro de eso? —le preguntó con una de las clásicas fórmulas interrogantes (y no importaba evidentemente que la expresión de las cuatro palabras pudiera sonar muy remanida).

—Para mí es así. ¿Qué quiere que le diga? Para mí no hay dudas. Es una comparación muy ilustrativa. Es más: me atrevería a decir que es una comparación muy funcional...

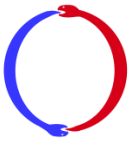
—Esto es algo que ya hemos planteado en muchas ocasiones anteriormente, ¿no lo cree? —le preguntó, así, otra vez, retóricamente, interrumpiéndolo, pero con una voz suave, con una leve modulación que involucraba una mezcla de paciencia, de fastidio y de profesionalismo que intentó, con denuedo, como siempre, muy segura de su talante, no ostentar—. Quizás algo interesante sería en esta instancia, creo yo, ponerse a pensar cuál será el motivo por el que la temática se vuelve tan insistente. Es como si debiéramos apartarnos del “quid de la cuestión” para formularnos una pregunta: ¿por qué, sencillamente, está apareciendo todo esto?



Desde la ventana cubierta por unas largas cortinas sutiles se manifestaban los rayos benévolos del sol oblicuo de la primavera. Más acá, las casitas del barrio de clase media, con sus rejas, sus garajes, sus ladrillos pintados, sus jardincitos floridos, formaban la perspectiva de soldados ordenados en un batallón expectante. El consultorio era grande, bien iluminado, muy amplio a juzgar por los pocos muebles que había. Sobre una pared colgaba una reproducción conocida de Hopper (vaya artista en tal lugar); sobre otra, una de Dalí: una mujer se asomaba, con gesto taciturno, por una ventana celeste. Sobre otra, un título universitario enmarcado y varios cuadritos, de distintos tamaños, con certificados de congresos. El suelo estaba cubierto por una fina alfombra verde. Además de la gran silla gris y forrada en cuero de la licenciada, y del diván en el que Claudio desplegaba su anatomía tendido como si estuviera sobre la arena de una playa, había una biblioteca con múltiples estantes abarrotados de libros y de distintos objetos: adornos, postales, muñecos, lapiceras, almanaquitos multicolores y papeles. A Claudio siempre le llamó la atención, desde la primera vez que entró, una pequeña lámina (que justo estaba acomodada al lado de los textos de Bateson y de Klein) en la que posaba, retratada, Alfonsina Storni, en blanco y negro, con un mohín tímido en la boca, un poco de perfil, y su pequeño sombrero con forma de hongo. De cualquier modo, nunca concibió ninguna acotación al respecto (varias veces estuvo a punto de hacerlo, pero luego se distrajo y se desvió en sus muchas digresiones). Esa tarde había tomado la firme decisión de “trabajar” un par de cuestiones ligadas a su vida laboral (una relación urticante con dos compañeros de la oficina que ya lo estaban empujando al precipicio inevitable de la irritación), aunque su trama oral, recargada de analogías, glosas y digresiones, de nuevo, habla tozuda, derivó mansamente en el nombre de Ágatha.

—Tiene razón. Será por la asociación que voy haciendo. Me gusta la idea de que todo esto que hablo acá es como una red. Y sí, lo que me dice es cierto: suelo terminar en el mismo punto últimamente. En realidad, diría yo que en las últimas semanas lo vengo haciendo bastante, ¿no? Quiero decir: siempre estoy terminando en el mismo punto. Es algo gracioso —respondió con obediencia ayudándose con gestos de las manos, como si esos movimientos le dieran la energía para contestar.

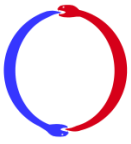
El doctor Claudio Ismael Cipriano, un brillante economista de prestigio entre los suyos (con una trayectoria importante, sus libros eran leídos en varias universidades y se la pasaba brindando conferencias en eventos nacionales e internacionales, cosa que ya lo estaba hartando bastante), llevaba unos seis años haciendo análisis, ininterrumpidamente —“asistencia sarmientina”, dijo, una vuelta, lo que le permitió vanagloriarse en un par de ocasiones, menos con el deseo de informar algo que de practicar una chisporroteante jactancia, como si la regularidad pudiera representar un resultado automático en el desarrollo de la terapia—. La psicoanalista, Berta, freudiana rabiosa, le había celebrado su constancia, sin embargo, en



reiteradas oportunidades. En efecto, acudir a las sesiones se convirtió para él en un, según sus palabras, “remanso”. Le gustaba que Berta abriera la boca, opinara, hablara, respondiera y que no se limitara a escucharlo desde un evidente silenciamiento técnico. Había intentado otros análisis, con algunos licenciados y doctores, hasta que recaló en esta mujer de anteojos azules y nariz pequeña, a partir de la sugerencia de una colega de buenas intenciones (a la colega no la volvió a ver jamás porque terminó suicidándose gracias al balcón de un duodécimo piso). Si bien ya había, en apariencia, superado la crisis por la que había iniciado su práctica (la crisis esa se traducía en seis letras y una tilde: Ágatha), mantenía el contacto con Berta porque la “relación” le resultaba altamente seductora y útil —tanto que acudir todos los martes a su consultorio a las dos de la tarde le implicaba asimismo una suerte de efecto disuasivo para muchos de sus comportamientos y modos de pensar a lo largo de la semana—. Berta lo escuchó, como siempre, con mucha paciencia, y le retrucó:

—Me llama mucho la atención a mí cómo acaba de definirla a Ágatha. Como un “punto”. ¿Se dio cuenta? Cualquiera podría llegar a afirmar que usted la está tratando de despersonalizar, como si hubiera algún tipo de cosificación en el momento en que hace referencia a su ex.

La devolución fue, diríase en otros contextos más adecuados, una bofetada. O un dardo que dio en el blanco. O una flecha que alcanzó su objetivo premeditado. Lo incomodó un poco el modo en que Berta se refirió a la mujer que había sido su esposa: “su ex”. Sin embargo, lejos estaba de dejarse intimidar o acorralar. Más bien, insinuaciones hirientes o ataques directos lo solían llevar a adoptar un brío inusual. No era de esos que se desbandaban ante un conflicto. Ahora fue él el que dejó un flagrante espacio de silencio. Estaba calculando qué responder y, sobre todo, cómo hacerlo cuando volviera a expresarse. Ante la falta de palabras y de ruidos afuera —la calle Machaín, en la apacible Villa Urquiza, era una de esas arterias porteñas en las que el tráfico parecía pedir permiso para asomarse con timidez—, lo único que se oyó por un rato fue el golpeteo nervioso de las uñas de los dedos índice y pulgar de su mano derecha, un tic que Ágatha habría reconocido de inmediato, y Berta también, con la urgente magia de la familiaridad. Con el ímpetu de un relámpago, tuvo el impulso de tocarse el bolsillo izquierdo de su pantalón para asegurarse de que su celular estuviera allí (le había quitado el sonido). No lo hizo. Sus reflexiones transitaban del prefijo “ex” al sombrero de Alfonsina, y luego a los anteojos de Berta, y después a sus propios anteojos para ver de cerca, y después a sus zapatos, y después a lo que había almorzado una hora antes, y luego a la final de tenis del Abierto de los Estados Unidos, y después a Ramiro, el gerente de ventas que venía haciéndole la vida difícil desde que lo amenazó con un par de mensajes malévolos debido a un gran cliente que se venía demorando en sus pagos trimestrales. Por cierto, no podía hacer nada



él más que invitar a ese comprador, el representante de una empresa transnacional, gentilmente, a una reunión en la sala de conferencias de la empresa.

—A mí me hace pensar eso, permítame decírselo, en que quizás sería necesario ponerse a rumiar la idea de si Ágatha es un punto final o un punto seguido.

—Ajam.

Claudio experimentó una intuición: ¿seis años de terapia tenían como colofón la vuelta al principio de todo? ¿De qué se trataban estos endemoniados jaques del análisis?, ¿estaría pedaleando en falso? Por detrás de las ventanas y sus cortinas blancas vio el paso perezoso de un hombre mayor. Claudio, sin embargo, ahí estaba. El mundo seguía funcionando allá afuera, Berta a su lado, con su anotador y su Parker aguardando el sablazo, y él, entre sorprendido y ensimismado por lo que acababa de señalar.

Hacía media docena de años que la relación con Ágatha se fue a pique sin remedio, tras mucho tiempo de amenazas recurrentes y una falta de sexo apremiante. “Ya vas a ser feliz, no te preocupes, lindo”, le dijo, y sin más pegó el portazo. Parecía otra vida ahora. No obstante, como si se tratara de la marea obstinada, temió que todo aquel clima volviera a invadir su día a día como si fuera una espesa niebla deprimente.

—A mí me parece que no hay ningún punto final acá evidentemente, Claudio —dijo la mujer a la vez que hizo un par de anotaciones en su cuadernito rojo.

—Me parece que sí. Conuerdo —respondió él, un poco vacilante, no por tener algún tipo de dudas, sino porque se puso a pensar en qué estaría escribiendo Berta.

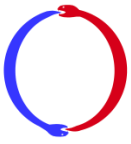
—¿Y por qué piensa usted que no lo habría? —le preguntó, con su voz sedosa, no dándole prácticamente nada de tiempo a que el hombre siguiera hablando.

—Esa es una pregunta interesante. Todo esto que estamos hablando hoy me da letra para pensar que quizás nunca en mi vida llegue, definitivamente, ese punto final. A ver, quiero decir, de algún modo eso nunca sucederá porque Ágatha, mi ex, ha formado parte importante en mi vida. Fueron diecisiete años, Berta. El significante...

—Ajam.

—Entonces este temita estaría resuelto. Quiero decir: no debería afligirme si su imagen me asalta cada tanto. Es como algo inevitable, y normal, y nada extraño.

—Me agrada mucho que piense eso —arrancó la mujer, con un tono de voz que Claudio ya conocía y que le indicaba que vendría uno de esos instantes de “derivadas” que a él lo satisfacían—. Me agrada mucho que,



cada tanto, llegue a ese tipo de conclusiones. No es algo recurrente advertirlo entre mis pacientes, Claudio —dijo, y resaltó el nombre de pila de su paciente en pura función fática—. Lo más frecuente es exactamente que se dé lo opuesto. Todos vienen con preguntas varias mirándome fijamente a los ojos como si yo tuviera la posibilidad de responderlas fácilmente, como por acto de magia. Por eso creo que está muy bien esta forma de pensar, y de concluir. Tampoco voy a decir que todo el tiempo nos suceda esto, pero sí veo que al menos dos o tres veces por año usted llega a generar, de manera contundente, conclusiones que, por lo menos a mí, me satisfacen mucho.

Claudio, y esto fue notorio para su interlocutora, forjó un ligero rictus de victoria en las comisuras de sus labios que se combinó con el cesar de su tic nervioso con las uñas. Berta se percató de ello también. Que se detuviera ese movimiento digital coincidió, a la vez, con que el paciente se pasara ambas manos por el cabello, un gesto típico en él y que la mujer ya casi ni advirtió dada su reiteración. De hecho, y no por el acomodarse el cabello, Berta apartó la mirada del perfil del hombre y la dirigió hacia sus zapatos, por un mínimo instante, y, luego, hacia la cortina blanca que se estaba moviendo delicadamente. Lo que hizo después fue retornar su mirada hacia el analizado, quien tomó la posta de modo inmediato:

—Le juro que muchas veces lo pensé eso yo. Pero nunca lo había verbalizado como ahora. Y me imaginaba que a usted le iba a agradar esto. Al fin y al cabo se supone que yo soy el que debo llegar a las respuestas a mis propias preguntas.

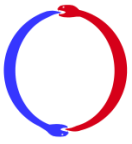
—Bien.

—Es un buen razonamiento, ¿verdad?

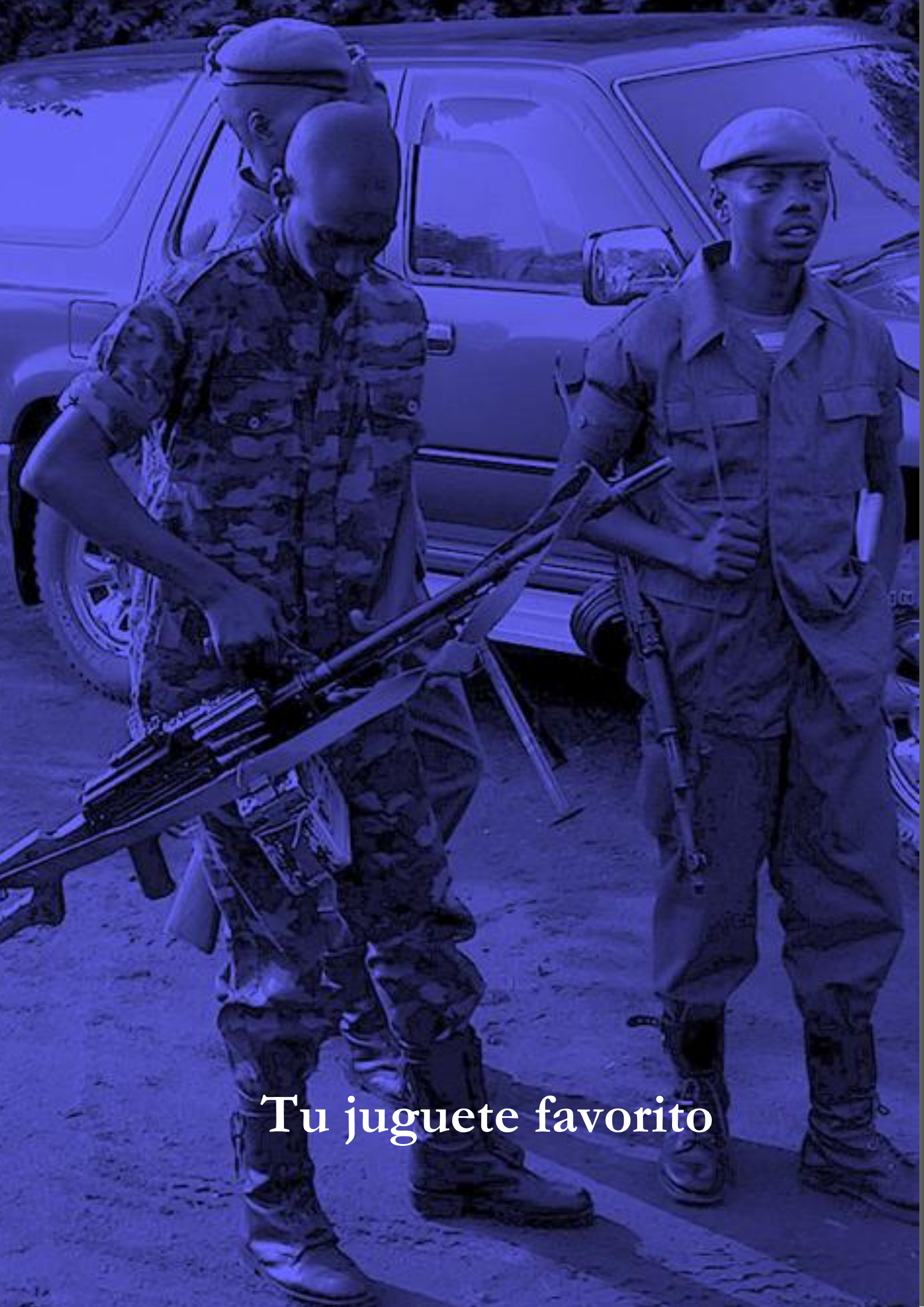
—El abecé de un análisis, Claudio —arbitró, firme, la mujer, como si estuviera cincelandó las palabras de manera tal que no se salieran más de algún frontispicio.

—Y de Sócrates —remató el paciente, con la certidumbre de que sus palabras constituían la frutilla del postre del encuentro, algo que lo deleitó y que lo hizo reacomodarse en el diván.

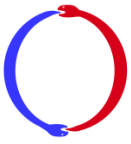
A todas luces, un éxito, a la vez (aparentemente) pequeño y rotundo, se selló ese martes, esa sesión, tanto que para Berta ya fue “suficiente”. Naturalmente, no importaba en absoluto si el reloj indicara el paso (o no) de los cuarenta minutos: como era habitual en ella, los temas se iban “cerrando” o “abriendo” de acuerdo a un puñado de sentidos que fueran completándose conforme la “conversación” mostrara o no fuertes indicios de síntomas mejores, síntomas que sustituyeran otros que no eran tan benignos en función del recorrido. Y, como evidente resultado, el cierre o la apertura de los temas eran fenómenos independientes de la hora. La mujer golpeó la punta superior de su lapicera sobre el bloc y Claudio entendió el



mensaje, como si se tratara ya de un código tácito entre ambos. Se incorporó con agilidad, se acomodó la camisa para que no se evidenciaran algunas arruguitas desubicadas, le extendió la mano en señal de cortesía, como todas las semanas, y, en el momento, antes de darse vuelta para retirarse hasta el martes siguiente, dejó de enfocar en Berta y volvió a ver, por encima del hombro de su psicóloga, a Alfonsina que, ahora, con plena convicción, parecía que les estaba sonriendo a él y a la tarde soleada.



Tu juguete favorito



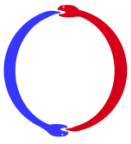
Ginés J. Vera



oido me aconsejó ir camuflado en la parte trasera del vehículo.

“Si nos tropezábamos con uno de los grupos rebeldes, cerca de la frontera —dijo—, es mejor que no vean a un occidental en el coche”. No le hice caso y me senté en el asiento de copiloto desde que salimos de la capital. También me dijo que, si no nos hacían bajar, todo iría bien, si solo nos pedían salir para registrarnos. Estuve tentado varias veces de preguntarle por qué se jugaba la vida conmigo. En mi caso, era por convicción, pero el poco dinero que la oenegé le pagaría a él no podía compensarle de aquel viaje relámpago al campamento de refugiados junto a la frontera con Sierra Leona.

El país había sufrido un nuevo derrocamiento político armado. El miedo se reflejaba en los rostros, en cada esquina, en cada comercio. Las bandas de rebeldes, afines al hasta hacía poco presidente de la nación, se habían retirado al norte. Planeaban unirse y tomar el poder a sangre y fuego. Nada que no supiera la gente de a pie, los militares del actual Gobierno —controlando la mitad sur del país— o la comunidad internacional. Razón por la que en España me desaconsejaron viajar. Incluso contando con un salvoconducto con el sello gubernamental, me advirtieron; la pista que cruzaba el país desde la capital hacia el norte era una sucesión de controles militares. En cuanto abandonamos su efímera seguridad, internándonos por caminos polvorientos, fue Koido el que me preguntó por qué lo hacía. “Soy médico”, repuse casi sin pensar. Me miró intuyendo que debía



haber algo más. Lo había, claro, solo que no quería abrumarle con la versión larga de mi historia.

De todos los ayudantes que me habían asignado en mis viajes a África, Koido era el más reservado. Hablaba poco, se limitaba a traducir lo que le pedía. De tanto en tanto, dejaba escapar algún consejo. Aparte de eso, no solía iniciar una conversación. Por eso me extrañó su pregunta. Al oírla, concentrado en el paisaje, sufriendo los continuos bamboleos por los socavones, amén del calor asfixiante, reflexioné sobre ello. Había algo más, claro. Solo que no sabía cómo acortarle la historia de los juguetes que llevábamos desde España. Quizá fuera eso lo que le chocaba. Seguro que habría transportado a más personal sanitario cooperante por el país. Incluso llevando material hospitalario, aunque una parte del mismo —o todo— nunca llegase a su destino por culpa de los militares... Pero nuestro cargamento no eran medicinas, ni vendas o prótesis; eran juguetes. Unos muy particulares.

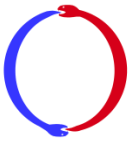
—¿Tienes hijos, Koido? —le pregunté sin apartar la vista del sucio parabrisas.

Antes de que hiciera amago siquiera de abrir los labios, le dije que yo sí; una niña. Que al poco de nacer le diagnosticaron una enfermedad grave.

—Nadia tuvo que pasar mucho tiempo en un hospital. Cuando cumplió cinco años, un nuevo susto. Esta vez nos dolió más porque mi mujer y yo vimos que ella era consciente de lo que le pasaba, de lo que podía ocurrirle. El personal del hospital se portó genial, como con el resto de niños en planta, aunque me aseguraron que ella tenía algo especial.

»Se recuperó a pesar de las estadísticas en contra. En la fiesta de bienvenida, apareció en casa una montaña de juguetes tanto de su paso por el hospital como de amigos y familiares. Me sorprendió que fuese ella la que me dijera eso, que eran muchos. ¿Sabes?... Casi me eché a llorar cuando un día se me plantó muy seria y me propuso que diéramos algunos a otros niños del hospital. Y eso hicimos.

»Aquello me llevó a pensar en los otros padres, en los juguetes huérfanos cuando sus hijos ya no estuviesen. Algunos no sabían qué hacer: unas veces los guardaban durante años; otros, los donaban a la caridad. Comunicué a la oenegé que estaba listo para volver a viajar a África. Les planteé el proyecto tras haber sufrido pequeñas tristezas mezcladas con grandes ilusiones en cada una de mis visitas a muchos de aquellos padres...



Koido detuvo el vehículo sin razón aparente. Supuse que le estaba aburriendo. “Es mejor llegar de noche”, nos habían aconsejado en el consulado. En realidad, era mejor no ir, dijeron. “No es seguro”.

Durante la espera le seguí explicando a Koido que los padres a los que fui a visitar me habían contado las historias de las enfermedades de sus hijos, la de los juguetes que les habían acompañado durante la convalecencia o la del que habían colocado en el ataúd antes de la despedida. También de juguetes favoritos, de los que no querían desprenderse. Yo les conté la historia de mi pequeña, de Nadia y su deseo de que otros niños pudieran jugar con los suyos.

—No necesitaba añadir nada más. —Koido asintió antes de contarme que él no había tenido hijos, pero que lo entendía.

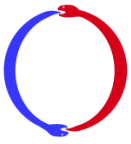
Las dos cajas llenas de ilusiones y esperanzas podían llevarse en un convoy como cualquier ayuda humanitaria, me dijeron en la oenegé.

—Lo sé —repuse—, pero quiero ir con ellas. Necesito ver la cara de esos niños para contárselo a los padres a la vuelta. También a mi hija... Casi anochecía cuando divisamos las colinas rocosas tras las cuales estaba el asentamiento de desplazados por la guerra civil. Solo un puñado de cooperantes se había quedado con ellos para ayudarles. Comida escasa, agua deficiente y ningún periodista o medios de comunicación interesados en esa parte del mundo.

Koido disminuyó la velocidad antes incluso de verlos. Eran tres, fuertemente armados y con uniformes militares. Nos apuntaron desde lejos con sus fusiles. El más grande y agresivo se acercó a la ventanilla gritando a Koido, me señaló varias veces. Él le respondía despacio, en inglés y en mendé, tratando de no alterarle a pesar de que aquella mole parecía furiosa. De los otros dos, el más delgado y con cara de niño me miró como si fuese una atracción de circo. Creo que nunca había visto a un *ipa*, a un médico. Nos obligaron a bajar.

—Pase lo que pase —me susurró Koido—, no quites las manos del capó.

A nuestras espaldas oímos disparos. No supe si del grandullón o de los otros. Tampoco a qué dispararon. Quizá solo era para asustarnos, pensé. Podían habérselo ahorrado, al menos yo estaba muerto de miedo. Antes de bajar, Koido les había dado dinero; pero, al parecer, los dólares allí no servían de mucho, de otra forma no los hubieran arrojado al suelo. El más bajo abrió el maletero. Primero una caja, luego la otra. Qué creyeron ver, nunca lo sabré. “Dicen que vayamos hacia allí”, tradujo Koido con voz temblorosa. Nos empujaron a unos metros del vehículo con las manos



detrás de la cabeza. Empezó a hacer frío y comencé a temblar. Cuando los tres nos apuntaron con sus armas en la cuneta, pensé en mi mujer, en las veces que me había rogado que no fuera; pensé en mi hija. Cerré los ojos y le pedí a Koido que tradujese mis palabras.

No me importaba que me disparasen, dije, pero quería que después llevarsen los juguetes a los niños del campamento de refugiados. Que los repartiesen. Mi hija Nadia les daría las gracias.

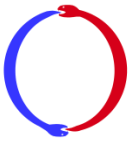
Hubo uno de esos silencios que escapan a las palabras, largo, tenso. Tras hablar entre ellos, el más espigado preguntó algo. Koido me tradujo. Su hija también se llamaba Nadia. Estaba enferma. Supuse que Koido les habría dicho lo del hospital y los juguetes. A la Nadia de aquí no había ido a verla ningún médico. Le dije a Koido que yo podía ir. Que le dijera que cogiera un juguete para su hija. El que parecía el jefe dio la orden de disparar. No hablo mendé, pero estoy casi seguro de que fue eso lo que gritó. Los otros dos no lo hicieron, se acercaron al maletero, revolvieron entre las cajas y cerraron la puerta. Hubo más disparos al aire antes de un nuevo silencio aún más angustiioso. Yo caí de rodillas, pensé en Koido, no alcancé a verle ni a saber si le habían herido.

El padre de la Nadia de aquí nos dijo que nos fuéramos. Koido no se detuvo a explicaciones. Subió como una exhalación, arrancando. Quise darle las gracias al tipo, preguntarle por su hija, cumplir mi palabra. Koido pisó el acelerador como temiendo que pudieran cambiar de opinión y quedarnos en ese lugar para siempre. Me pareció ver, o tal vez fue mi imaginación, el juguete que el padre de Nadia había elegido. Mientras me secaba las lágrimas y le daba las gracias a Koido, pensé en cómo le contaría a mi Nadia que uno de sus juguetes favoritos nos había salvado la vida.





Diez poemas inspirados
en el haiku



Mónica Manrique de Lara

A Pedro Sánchez y Carlos Jiménez

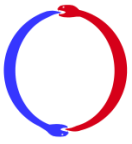
El sol espiga
lentamente la noche
por la llanura

El parpadeo
abre y cierra la luz
del precipicio

Tenaz molino
agitando la tarde,
surge el ocaso

En el ocaso se hace
bosque la sombra que
daba el árbol

Rescoldo y aire, las
cenizas del leño
van hacia el río



Sale la aurora, el
mirlo se despierta
se alza su pico

Jilguero y río,
silencioso en su sed
suenan las aguas

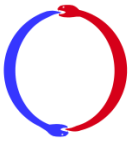
Árbol talado se hace
fuego en la noche,
alumbra el bosque

El sol se esconde, en
la oscura colina la
hoguera surge

Agua en la fuente, la
tormenta de anoche la
vuelca el caño



Amor de verano



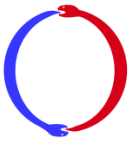
Goyo



enían frente a mí, a unas decenas de metros, agarradas del brazo y bailando con pequeños saltos en el paseo marítimo. Pude apreciar cuando faltaba poco trecho para cruzar nuestros caminos que no tendrían más allá de dieciséis años y que estaban cantando. Casi ya de inmediato escuché con buen tono y ritmo:

Dime, dime, dime, dime amor
Dime, dime que es verdad
lo que sientes en tu corazón
es amor en realidad
nunca, nunca, nunca, nunca más
sentiré tanta emoción
como cuando yo te conocí
y el verano nos unió.

La sacudida emocional y la sorpresa fueron mayúsculas. ¿Cómo dos niñas, en 2022, rememoraban la canción de 1963 “Amor de verano” del Dúo dinámico? La elipsis de *flash back* era de casi sesenta años, cuando yo tenía trece. En estos tiempos de multitudinarios conciertos, verbenas aturdidoras, reguetón y demás perlas, dos chiquillas cantando al amor de verano que todos tuvimos. No daba crédito.



Tentado estuve una vez cruzamos, de volver sobre mis pasos, abordarlas y preguntar... ¿Un rastreo casual en el móvil que las hubiera conmovido? ¿Una transmisión de sus —ya no padres—, sino tal vez abuelos en cualquier conversación sobre música a la que sus mayores habían aludido y que después investigaron? ¿O un programa retro de la radio o de la televisión y que hizo prender la nostálgica canción en su ánimo?

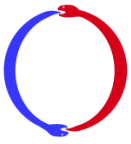
Pocos días después, en una comida que reunió a nuestra familia, acudió como invitada una jovencita italiana que devolvía, en el intercambio de estudiantes, la estancia que mi sobrina había realizado en su país. La chica, de un pueblecito cercano a Bari era extrovertida y muy simpática y, hablando de su tierra y costumbres, salieron en conversación los cantantes italianos de las pasadas décadas, Mina, Nicola di Bari, Rita Pavone, Jimmy Fontana, Patty Pravo, Iva Zanicchi... La chica comenzó a cantar:

*Tu me fai girar, tu me fai girar
come fossi una bambola
poi mi butti giù, poi mi tutti giù
come fossi una bambola
non te accorgi quando piango
quando sono triste e stanca tu
pensi solo per te.*

“La bambola”, la romántica canción de 1968 de Patty Pravo, volvió a cautivar mi ánimo. Comentó que su familia recordaba canciones como esta y ella las conocía desde que tenía conciencia. Tal vez compartía las mismas sensaciones que las chicas del paseo marítimo.



El testamento de Sócrates

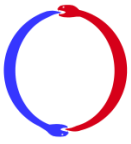


Miguel Quintana



o tenía una idea exacta de la cantidad de libros que reposaban en los estantes. *Grosso modo*, calculaba unos 15 000, que fue reuniendo durante toda una vida, de los cuales había leído muchos —y más de una vez—, aunque también tenía unos cuantos que, o bien por decepción, desinterés o aburrimiento, o bien a causa de algún otro compromiso, no había aún leído. En todo caso, era una cantidad que rebasaba con creces el espacio físico de las baldas de su ya muy extensa librería, por lo que había tenido que colocar en los anaqueles al menos dos filas de volúmenes para que pudieran estos acoger toda su biblioteca. Sin embargo, la librería aún tenía un hueco vacío para un libro más, el *Testamento de Sócrates*.

Sabía bien que el testamento de Sócrates estaba casi íntegro en Platon, en sus obras, pero él no había podido dar con el propio libro de Sócrates; sabía que por sus discípulos bajo su supervisión, y tras su muerte sin esta, el libro fue aumentando y finalmente completado hacia el siglo primero; sabía también que después el libro circuló manuscrito durante generaciones por sociedades secretas en la Alta Edad Media, y que más tarde se hizo una edición del mismo en los últimos años del siglo quince; y que al fin se hicieron en Europa otras tres ediciones ultrasecretas más en el dieciséis y diecisiete, todas ellas promovidas por sociedades ocultas que



controlaban con extremo celo cada ejemplar que salía de las prensas, para repartirlo exclusivamente entre los hermanos principales de otras sociedades también hermanas.

Había viajado él toda su vida buscando alguno de aquellos ejemplares. Viena, Padua, Coímbra, Brujas, Bolonia, Alcalá, Praga, Upsala, Venecia, Oxford, Toledo, Heidelberg... Rebuscó animosamente en tiendas, trastiendas, organismos estatales, sociedades particulares; consultó a personas públicas y privadas sin descanso..., pero siempre había oído a la postre el mismo veredicto final: que *Sócrates no había escrito ni una sola palabra, nunca*. Dicho esto, textualmente, o bien, parafraseado.

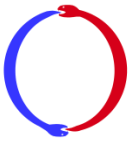
Pero él estaba seguro de que Sócrates había escrito de su puño y letra una amplia *Recapitulación de ideas* para sus discípulos: la Humanidad. Un *Manual* perdido, o escondido —tal vez polvoriento y olvidado en algún miserable rincón—, un tesoro que él había buscado sin descanso y para el cual reservaba un espacio libre y preeminente en su corazón.

Contemplando ahora su biblioteca, sentía con frecuencia terror al vacío de aquel hueco que nunca había podido ocupar, aquel hueco que debería hallarse antes de Platón, pues este se encargó después de exponer e interpretar en su *Fedón*, en su *República*, en su *Banquete*, en su *Gorgias*, en su *Menón*, en su *Fedro*, en su *Parménides*, en su *Timeo*..., las ideas de Sócrates. Aquel hueco en la biblioteca le había preocupado demasiado, y obsesionado al fin.

Recordó entonces algunas palabras de Séneca... “si se presentan muchas cosas molestas y que perturban la tranquilidad, se sale uno mismo de la vida... O bien, nadie puede perder mucho por lo que se va gota a gota... O bien, el morir bien es huir del peligro de vivir mal... O bien, nada mejor ha hecho la Ley eterna de la Naturaleza que darnos una sola entrada para la vida y muchas salidas...”.

Se sintió sin fuerzas. Delante de él, el sector de Shakespeare, de Cervantes, no le suscitó idea alguna. Como un autómatas sin alma, pasó por Dostoyevski, Kafka, Proust, Montaigne, García Márquez, Joyce, Dante, Milton, Quevedo... Todos allí y ahora estaban extrañamente callados, como dándole la espalda, negándole consuelo. Tampoco halló consuelo alguno en Sófocles, ni en Terencio, ni en Juvenal, ni en Calímaco, ni en Tucídides, ni en Tito Livio, ni en Plutarco..., ni en el mismo Virgilio a quien tanto amaba.

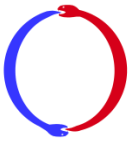
Por un momento pensó que tal vez ninguno de ellos necesitó del testamento de Sócrates o, si lo echó en falta, lo sustituyó con su propia imaginación, o agudeza. Sintió después que su misma biblioteca le aborreecía también, le odiaba. Cerró sus ojos y vio una multitud de 15 000 bocas



calladas, de 15 000 pares de ojos lacrados, sellados, acusándolo de debilidad. Se le ocurrió entonces la horrible y repugnante idea de que todo aquello fuera papel mojado. Al abrir de nuevo sus ojos, no quiso impedir que dos trémulas lágrimas huyesen de ellos.

Volvió entonces a escuchar, en el silencio inmenso de mil gargantas mudas, la voz de Séneca aconsejándole: “No puedes perder mucho por lo que se va gota a gota”.

Pensando en ello, se levantó, abrió la ventana y, buscando la salida, se arrojó fuera a la oscuridad.



Créditos de fotografía e ilustración



Portada y contraportada de **Robert Falcon Scott**
(Expedición fallida al polo sur, 1911-1912)

6	Elisa Cabot	51	Paul Hermann
8	Cassandra Austen	53	Tim Johnson
13	Cati Cladera	55	Serhat Beyazkaya
17	Chai Chai	56	Photoholic
18	Argentovs	57	Donostia Kultura
21	Miguel Angel	59	Sonámbulos Ediciones
22	Cimmino G	66	Archivo Nacional Brasileño
26	Ultratomio	66	Mogens Engelund
30	Juan van der Hamen	68	Jonathan Cooper
32	Ivan Bilibin	69	Valeriano Bécquer
34	Tim van Cleef	76	Anthony Au
41	MGM	88	Barrett Ward
48	Braham Milla	89	Dave Hoefler
49	Raksana K	92	Marc A. Sporys
50	Majid Gheidarlou	99	Henry Maull

Con el agradecimiento de **OCEANUM**



Oceanum 2605-4094